LA SANTIFICACION DEL CRISTIANO EN MEDIO DEL MUNDO

JOSE MARIA CASCIARO

El presente artículo no pretende ser más que un ensayo provisional acerca de algunos aspectos de la enseñanza del Fundador del Opus Dei. No he intentado hacer una síntesis en profundidad de toda su doctrina, ni siquiera un estudio exhaustivo sobre un punto monográfico. Mi propósito ha sido mucho más modesto: simplemente entresacar unos textos e hilvanarlos con sobrios párrafos, por lo general más bien de sutura que verdaderos comentarios. He procurado tejer el escrito sobre un esquema temático muy elemental, que abarca desde la voluntad salvífica universal de Dios hasta el logro de la *unidad de vida* del cristiano. Esta se alcanza como fruto de una piedad sincera, alimentada por la vida de oración —el cristiano está llamado a ser *contemplativo en medio del mundo*— y de mortificación —*la oración de los sentidos*—, que dan una nueva dimensión —*la sobrenatural*— al quehacer corriente de todos los hijos de Dios en este mundo. Me ha parecido que así podía obtenerse una síntesis valedera, aunque fuese incompleta. El esquema temático lo he deducido de la lectura atenta de la homilía *Hacia la Santidad*, pronunciada por Mons. Escrivá de Balaguer el 26-XI-1967 e incluida en su libro *Amigos de Dios* [1].

No haría falta advertir que las consideraciones que me sugieren los textos que cito de Mons. Escrivá de Balaguer no son, ni por tanto pueden tomarse, como *la interpretación* de su pensamiento. Son simplemente eso: unas consideraciones, entre otras, que la riqueza de los textos sugiere al lector.

El motivo íntimo que me ha animado a llevar a cabo este ensayo es una profunda gratitud por el Fundador del Opus Dei: no puedo decir

1. Madrid (Ed. Rialp) 1977, 467 pp. Por esta edición citaremos en adelante.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

con palabras la marca que ha dejado y sigue dejando en mi alma. También me sentía obligado a dar un testimonio personal, aunque fuera bien pobre, acerca de su vida y de su doctrina tan honda y fecunda: cuanto enseñó era, primero, vida; luego, comunicación de esa propia vida. Lo importante, en pocas palabras, es que tanto su vida como su enseñanza han transformado a miles de almas y siguen transformándolas aún después de su tránsito de esta tierra. Se trata, pues, sobre todo, de contemplar un extraordinario fenómeno pastoral en la Historia de la Iglesia, del que ahora somos testigos sólo de sus comienzos y de sus primeros frutos.

I. El «secreto a voces» [2]

Cuando en 1939 se publicó la primera edición de *Camino* [3], muchos hombres y mujeres pudieron leer, en letras de molde, una llamada acuciante:

«Un secreto. — Un secreto, a voces: estas crisis mundiales son crisis de santos.

»— Dios quiere un puñado de hombres "suyos" en cada actividad humana. — Después... "pax Christi in regno Christi" —la paz de Cristo en el reino de Cristo» [4].

No se trataba de un ideal utópico, sino de una meta ardua, pero alcanzable con la gracia de Dios y la correspondencia por parte del hombre. Dios había desencadenado en medio del mundo una gran leva de almas dispuestas a ser, a todo trance, nada más y nada menos que cristianos con todas sus consecuencias.

2. No he podido resistirme a copiar este titulillo, tomado de *Camino*, n. 301, y desarrollado en el *discurso* de don Alvaro del Portillo y Diez de Sollano en el acto académico *en memoria* de Mons. Escrivá de Balaguer, celebrado el 12-VI-1976 en la Universidad de Navarra. Ya cerca del final de su discurso, en el que había venido haciendo un resumen de la semblanza y de la doctrina del Fundador del Opus Dei, se lee el siguiente párrafo, que sintetiza el mensaje de Mons. Escrivá de Balaguer: «Ante la riqueza de esta doctrina del Padre, que acabamos de evocar, podemos preguntarnos: ¿cuál es la convicción básica, la persuasión honda, raíz de todo su mensaje espiritual, que el Espíritu Santo imprimió en su corazón? Como hijo de tan buen Padre, me gusta repetirlo, gritándolo a la entera Humanidad: la necesidad de buscar la santidad personal en medio del mundo. Una convicción profunda que tiene, y tendrá siempre, perenne actualidad. La obligación de todos los cristianos de luchar para procurar ser santos y convertir su vida entera en un continuo apostolado. Este fue el *secreto a voces* que el Padre descubrió a millares de almas» (A. del Portillo, *En Memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer,* Pamplona, EUNSA, 1976, p. 53).

3. Valencia, 1939.

4. *Camino*, n. 301.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Hacía once años (desde el 2 de octubre de 1928) que un joven sacerdote entonces, Don Josemaría Escrivá de Balaguer, había comenzado a proclamar tal mensaje y a reunir junto a sí, mejor dicho, junto a Cristo, a *un puñado de hombres «suyos»*. Se sentía sólo un pobre instrumento, pero se sabía en las manos de Dios, que llenaba de frutos su trabajo apostólico. Desde aquel 2 de octubre de 1928 hasta el 26 de junio de 1975, en que murió santamente, no habló más que de Dios; pero los que han tenido la dicha de escucharle, e incluso muchos de los que sólo han podido leer parte de sus escritos, han sentido en su alma una atracción poderosa —la gracia divina— para tomarse en serio la tarea de la rectificación de su vida, sin necesidad de abandonar el sitio en que están.

Como he dicho antes, el presente ensayo tiene más de testimonio personal y de primer engarce de textos que de otra cosa. Por eso, el lector me excusará que recuerde ahora la primera meditación que oí al Fundador del Opus Dei: debió de ser en agosto de 1940, en Madrid, en la Residencia de Universitarios de la calle de Jenner, n. 6. Se trataba de un retiro espiritual de un día, más en concreto, si no me falla la memoria, de una mañana de domingo: un retiro mensual para estudiantes y jóvenes profesionales, que vivían o frecuentaban la Residencia con el fin de participar en los medios de formación cristiana que se ofrecían desde aquel Centro. Fue tal la impresión que me produjo que recuerdo los temas de las dos meditaciones que dirigió aquella mañana. La primera trató de la santidad cristiana, de la llamada universal a la santidad y, especialmente, de las exigencias y aplicaciones concretas de esa llamada divina a los que allí estábamos reunidos. Nos hablaba con tal fuerza, piedad y autoridad que, por primera vez en mi vida, vi claro que la santidad cristiana era una aspiración posible, a la que Dios nos quería conducir y a cuyas gracias no se debían poner obstáculos. Bien es verdad que, desde meses antes, desde mis primeros contactos con el Opus Dei, la santidad cristiana se me había planteado cada vez de modo más penetrante; pero hasta aquella mañana no había traspasado yo la consideración de que era un ideal lejano e irrealizable, que Dios concedía sólo a algunos hombres que llamamos santos. En aquella media hora de intentos de hacer oración al hilo de las palabras de Mons. Escrivá de Balaguer, había ido yo sintiendo la convicción, vehemente, casi estremecedora, de que la llamada divina a la santidad cristiana se me dirigía a mí, en concreto, y que reclamaba mi correspondencia, con todo el esfuerzo que implicaba, y no obstante mis personales miserias y pecados.

A lo largo de la meditación, y al terminar, tales disposiciones se transformaban, dentro de mi alma, en propósitos múltiples, desordenados e inexpertos de imitación de la vida de Nuestro Señor, de arreciar en prácticas de mortificación y ejercicios de piedad. Yo no sabía cómo concretar aquellos impulsos, pero una cosa quedaba clara: no había

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

otra perspectiva coherente que la de corresponder, generosamente, a la gracia divina y aspirar, aunque hasta entonces me hubiera parecido una utopía, a la santidad cristiana, por mucho que sintiera mi debilidad y lo arduo de la empresa: era la Voluntad de Dios.

Casi treinta y cinco años después, cuando comencé a leer la homilía *Hacia la Santidad* [5], me vino de nuevo a la memoria aquella meditación de 1940. El tema era el mismo y el contenido muy parecido también. Comienza así la homilía:

«Nos quedamos removidos, con una fuerte sacudida en el corazón, al escuchar atentamente aquel grito de San Pablo: *ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación* (1 Thes IV, 3). Hoy, una vez más me lo propongo a mí, y os lo recuerdo también a vosotros y a la humanidad entera: ésta es la Voluntad de Dios, que seamos santos.

»Para pacificar las almas con auténtica paz, para transformar la tierra, para buscar en el mundo y a través de las cosas del mundo a Dios Señor Nuestro, resulta indispensable la santidad personal» [6].

Habían pasado muchos años y Mons. Escrivá de Balaguer seguía insistiendo en el mismo fundamento de la santidad a que estamos llamados: es la Voluntad de Dios, El lo quiere. Ese es el principio, que no se abandona nunca, y la meta a la que, por otro lado, se llega sólo al final de nuestra vida, como coronamiento que nos da Dios y que, sin embargo, no sabemos cuándo ocurrirá; por eso, no se puede retrasar, es siempre una tarea acuciante: hay que cumplir en cada momento concreto lo que se nos muestra como Voluntad de Dios.

En efecto, *Camino* insiste de modo penetrante:

«Esta es la llave para abrir la puerta y entrar en el Reino de los Cielos: "qui facit voluntatem Patris mei qui in coelis est, ipse intrabit in regnum coelorum" —el que hace la voluntad de mi Padre..., ¡ése entrará!» [7].

«¿Resignación?... ¿Conformidad?... ¡Querer la Voluntad de Dios!» [8].

«La aceptación rendida de la Voluntad de Dios trae necesariamente el gozo y la paz: la felicidad en la Cruz. —Entonces se ve que el yugo de Cristo es suave y que su carga no es pesada» [9].

5. La primera edición de esta homilía apareció en Madrid, 1973, colección "Folletos Mundo Cristiano", n. 168. Ha sido incluida en el libro *Amigos de Dios*, nn. 294-316.

6. Hom. *Hacia la Santidad,* Madrid, 3.ª ed. 1974, p. 23; *Amigos de Dios,* n. 294.

7. *Camino*, n. 754.

8. *Camino*, n. 757.

9. *Camino*, n. 758; *Consideraciones Espirituales*, p. 70.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Estos dos últimos puntos de *Camino* no eran nuevos. Aparecen ya en la página 70 de *Consideraciones Espirituales*, publicado en Cuenca en 1934. Y es que la decidida resolución de cumplir la Voluntad de Dios, a todo trance, aparece a mi entender como una de las virtudes más firmes del Fundador del Opus Dei ya desde su primera juventud, cuando sentía que Dios le pedía algo, aunque no sabía qué era. Pensando que así cumpliría mejor la Voluntad de Dios se decidió a iniciar los estudios sacerdotales, aunque no sentía inclinación especial por el sacerdocio: *¿Por qué me hice sacerdote?*, se preguntaba años después: «Porque creí que así sería más fácil cumplir una voluntad de Dios, que no conocía. Desde unos ocho años antes de mi ordenación la barruntaba, pero no sabía qué era, y no lo supe hasta 1928. Por eso me hice sacerdote» [10]. Desde que comenzó sus estudios en el Seminario repetía incesantemente algunas jaculatorias, con las cuales expresaba a Dios y a la Santísima Virgen su decidido propósito de hacer lo que Dios quisiera: *Domine, ut sit! Domina, ut sit! Ecce ego, quia vocasti me!* Y, como no sabía lo que Dios quería, pedía luces, con toda sinceridad, repitiendo al Señor otra jaculatoria: *Domine, ut videam!*

Unos once años después, el 2 de octubre de 1928, vino la plena luz. Si durante aquellos años había sido fiel, hora a hora, en cumplir una voluntad divina sólo barruntada, desde entonces esa fidelidad se redoblará, animada por la inconmensurable esperanza de cumplir la Voluntad de Dios, ya concreta y conocida: *hacer el Opus Dei en la tierra*, llevar a cabo lo que Dios le pedía y pediría a otros muchos que le seguirán en la espléndida tarea:

«De que tú y yo nos portemos como Dios quiere —no lo olvides— dependen muchas cosas grandes» [11].

Podríamos multiplicar las citas de los escritos y de la predicación oral, pero nos llevaría demasiadas páginas. Sólo queremos subrayar —con algunos ejemplos— lo importante que es en la doctrina de Mons. Escrivá de Balaguer, como fundamento para andar el camino hacia la santidad, que el cristiano se afane siempre en el cumplimiento *de la Voluntad* de Dios, cada día, en cada ocasión y momento.

Toda la vida de Mons. Escrivá de Balaguer se nos muestra, pues, traspasada por ese afán continuo, *in crescendo*. Y esa vida —primero, vida; después, doctrina— aparecía en múltiples formas de hacer y de decir.

10. Cfr. S. BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid (Ed. Rialp) 1976, p. 57.
11. *Camino*, n. 755.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

II. La llamada de Dios hacia la santidad es para todos, es universal

Un párrafo de la homilía *Cristo presente en los cristianos* nos pone en la pista de la doctrina que constituyó, en mi entender, la raíz de toda su enseñanza:

«Todos los hombres son amados de Dios, de todos ellos espera amor. De todos, cualesquiera que sean sus condiciones personales, su posición social, su profesión u oficio. La vida corriente y ordinaria no es cosa de poco valor: todos los caminos de la tierra pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo, que nos llama a identificarnos con El, para realizar —en el lugar donde estamos— su misión divina» [12].

Es la llamada universal a la santidad, que requiere el trato con Dios, pero que no necesita, en la vida de la generalidad de los cristianos, el nuevo llamamiento especial de la huida del mundo. La llamada divina a la santidad no es, ni debe ser, privilegio de unos pocos, que se retiran del mundo para contemplar las cosas divinas y hacer penitencia en la tranquilidad de su apartamiento. Con profunda y sincera veneración por esa singular vocación de los *religiosos*, Mons. Escrivá de Balaguer enseñará que su vocación, como la de sus hijas e hijos espirituales, como la de los demás fieles cristianos corrientes, es ser *contemplativos en medio del mundo*, buscando a Dios aun en el ajetreo de los quehaceres y prisas, con una lucha ascética que exige esfuerzo para saber ganar y perder en el deporte espiritual de buscar a Dios en todos los momentos del día, con el sentimiento de humildad por haberlo perdido en ocasiones, pero con la esperanza de volverlo a encontrar. Esa misma lucha exigirá también reservar unos ratos del día para hacer una pausa entre las actividades normales y buscar la sosegada contemplación del Señor.

Hay que recordar que la doctrina de la llamada universal a la santificación cristiana la predicó Mons. Escrivá de Balaguer con todas sus fuerzas desde 1928, anticipándose en unos treinta y cinco años al Concilio Ecuménico Vaticano II [13]. Una y otra vez, el Fundador del Opus Dei abrirá horizontes de santificación cristiana a miles de personas, llenándoles el corazón de anhelos y esperanzas porque, desde el sitio en que están, en sus circunstancias concretas en que la vida —Dios Nuestro Señor— les ha puesto, pueden servir a Cristo y a su Iglesia, a las almas, llevando un camino de auténtica santificación en medio de sus deberes de ciudadanos corrientes. Tal vez por eso había escrito en *Camino* y, años antes, en *Consideraciones Espirituales:*

12. J. Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, Madrid, 8.ª ed. 1974, n. 110. Por esta edición citaremos en adelante.

13. Cfr. Constitución dogm. *Lumen gentium*, nn. 11, 39, 41.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

«¡Qué afán hay en el mundo por salirse de su sitio! —¿Qué pasaría si cada hueso, cada músculo del cuerpo humano quisiera ocupar puesto distinto del que le pertenece? (...).

»—Persevera en tu lugar, hijo mío: desde ahí, ¡cuánto podrás trabajar por el reinado efectivo de Nuestro Señor!» [14].

Es claro que Mons. Escrivá de Balaguer era perfectamente consciente de la hondura que tenía el redescubrimiento de la llamada universal a la santificación. Y sabía bien que era un puro don de Dios, sin que la criatura humana pudiera exigir derechos. Por eso, de mil maneras exponía tal mandamiento y lo explicaba con razones que tienen todo el peso de la experiencia pastoral y de la hondura teológica:

«No estamos destinados a una felicidad cualquiera, porque hemos sido llamados a penetrar en la intimidad divina, a conocer y amar a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo y, en la Trinidad y en la Unidad de Dios, a todos los ángeles y a todos los hombres.

»Esa es la gran osadía de la fe cristiana: proclamar el valor y la dignidad de la humana naturaleza, y afirmar que, mediante la gracia que nos eleva al orden sobrenatural, hemos sido creados para alcanzar la dignidad de hijos de Dios. Osadía ciertamente increíble, si no estuviera basada en el decreto salvador de Dios Padre, y no hubiera sido confirmada por la sangre de Cristo y reafirmada y hecha posible por la acción constante de Espíritu Santo» [15].

Hay, pues, en su predicación y en sus escritos, no sólo la afirmación del hecho de que Dios quiere que todos los hombres se salven, que alcancen la santidad, sino la coherente presentación de las verdades de fe concernientes a ese hecho y las razones teológicas que ahondan en él y lo explican, en la medida en que la razón humana puede entender los designios divinos. Desde esta perspectiva, Mons. Escrivá de Balaguer se muestra en el uso y la inteligencia de la Sagrada Escritura como quien anda por casa propia, con la connaturalidad que va más allá del hábito del conocimiento erudito de los textos sagrados, para remontarse al trato íntimo con su Autor principal:

«Dios Padre, llegada la plenitud de los tiempos, envió al mundo a su Hijo Unigénito, para que restableciera la paz; para que, redimiendo al hombre del pecado, *adoptionem filiorum reciperemus* (Gal IV,5), fuéramos constituidos hijos de Dios, liberados del yugo del pecado, hechos capaces de participar en la intimidad divina de la Trinidad. Y así se ha hecho posible a este hombre nuevo, a este nuevo injerto de los hijos de Dios (cfr. Rom VI, 4-5), liberar a la creación entera del desorden, restaurando todas las cosas en Cristo (cfr. Eph I,5-10), que los ha reconciliado con Dios (cfr. Col I,20)» [16].

14. *Camino*, n. 832; *Consideraciones*, p. 78.
15. *Es Cristo que pasa*, n. 133.
16. *Es Cristo que pasa*, n. 65.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

La connaturalidad con lo divino le hace ser al mismo tiempo muy humano; de esa conjunción se produce su sentido bien realista, su concepto exacto y completo del hombre: Mons. Escrivá de Balaguer aludía a sí mismo diciendo que era *un pecador que ama a Jesucristo.* No quería hacer una paradoja lapidaria, sino exponer con sinceridad lo que pensaba y sentía de sí, movido por un grado altísimo de humildad. Esa misma connaturalidad, empapada de humildad profunda, es algo que debe buscar cualquier cristiano. Con otras palabras expresaba estas ideas en una de sus homilías:

«La conciencia de la magnitud de la dignidad humana —de modo eminente, inefable, al ser constituidos por la gracia en hijos de Dios— junto con la humildad, forma en el cristiano una sola cosa, ya que no son nuestras fuerzas las que nos salvan y nos dan la vida, sino el favor divino. Es ésta una verdad que no puede olvidarse nunca, porque entonces el *endiosamiento* se pervertiría y se convertiría en presunción, en soberbia y, más pronto o más tarde, en derrumbamiento espiritual ante la experiencia de la propia flaqueza y miseria» [17].

Aquí está el equilibrio, la mesura de la doctrina espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer. No hay tragedia en la existencia cristiana sincera, sino unión entre elementos que, perdida la visión de conjunto, pueden parecer entonces extremos irreconciliables. En esa armonía antropológica, la gracia divina, lo sobrenatural, supone lo natural, a lo cual sana, eleva, perfecciona. Sin perder nunca de vista nuestras miserias, el cristiano eleva su mirada anhelante hacia la dignidad de la adopción que Dios le ha dado.

Que el número de los fieles que creen en Cristo haya aumentado tanto desde los primeros días de la Iglesia no cambia la existencia cristiana, no diluye la vocación con que Dios nos ha llamado a cada uno, no rebaja las exigencias de la condición de cristiano. Después del ejemplo de Jesucristo, de su Santísima Madre y Madre nuestra, y de San José —a quien con frecuencia denominaba *nuestro Padre y Señor*—, el modelo que solía poner Mons. Escrivá de Balaguer a sus hijos era la vida de los primeros cristianos. Ellos estaban muy cerca de la fuente y son el paradigma al que una y otra vez hemos de volver, a lo largo de los siglos. No me resisto a transcribir un párrafo que, sin embargo, podría ser sustituido por otros muchos entre sus escritos:

«En los *Hechos de los Apóstoles,* se describe la situación de la primitiva comunidad cristiana con una frase breve, pero llena de sentido: *perseveraban todos en las instrucciones de los Apóstoles, en la comunicación de la fracción del pan y en la oración* (Act II,42).

»Fue así como vivieron aquellos primeros, y como debemos vivir nosotros: la meditación de la doctrina de la fe hasta hacerla propia, el

17. *Es Cristo que pasa,* n. 133.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

encuentro con Cristo en la Eucaristía, el diálogo personal —la oración sin anonimato— cara a cara con Dios, han de constituir como la substancia última de nuestra conducta. Si eso falta, habrá tal vez reflexión erudita, actividad más o menos intensa, devociones y prácticas. Pero no habrá auténtica existencia cristiana, porque faltará la compenetración con Cristo, la participación real y vivida en la obra divina de la salvación.

»Es doctrina que se aplica a cualquier cristiano, porque todos estamos igualmente llamados a la santidad. No hay cristianos de segunda categoría, obligados a poner en práctica sólo una versión rebajada del Evangelio: todos hemos recibido el mismo bautismo y, si bien existe una amplia diversidad de carismas y de situaciones humanas, uno mismo es el Espíritu que distribuye los dones divinos, una misma la fe, una misma la esperanza, una misma la caridad (cfr. 1 Cor XII,4-6 y XIII,1-13)» [18].

Este pasaje, tan claro y elocuente, es todo un programa de vida cristiana. Mons. Escrivá de Balaguer lo siguió desde los barruntos de su vocación divina, a la que respondió poniéndose sin condiciones en las manos de Dios para algo que el Señor aún no le había mostrado. Cuando supo lo que Dios le pedía:

«El Padre comenzó el trabajo apostólico de la Obra con una intensidad, con una fe y con una carencia de medios tan grande, que verdaderamente se puede asegurar que el Opus Dei se fue haciendo al paso de su oración intensa y de su mortificación continua, y sólo se explica su existencia y expansión como fruto de un querer divino» [19].

III. La oración del cristiano

El sendero, que conduce a la santidad, es sendero de oración: esto es importantísimo en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer. Lo tenía bien experimentado: primero, personalmente; en segundo lugar, por su actividad sacerdotal, por la dirección espiritual de tantas almas de toda edad y condición.

«Recomendar esa unión continua con Dios, ¿no es presentar un ideal, tan sublime, que se revela inasequible para la mayoría de los cristianos? Verdaderamente es alta la meta, pero no inasequible. El sendero, que conduce a la santidad, es sendero de oración; y la oración debe prender poco a poco en el alma, como la pequeña semilla que se convertirá más tarde en árbol frondoso» [20].

---

18. *Es Cristo que pasa*, n. 134.
19. A. del Portillo, *En Memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, cit., p. 34.
20. *Amigos de Dios*, n. 295.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Al plasmar en *Camino* su experiencia quedaron muchas frases punzantes, que a tantos han ayudado a alcanzar y perseverar en una vida de oración:

«¿Santo, sin oración?... —No creo en esa santidad» [21].

«Si no eres hombre de oración, no creo en la rectitud de tus intenciones cuando dices que trabajas por Cristo» [22].

Incluso años antes el principio está ya firme. En efecto, en *Consideraciones Espirituales* había escrito:

«Primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy en "tercer lugar", acción» [23].

Los miles de personas que trataron a Mons. Escrivá de Balaguer han sabido apreciar que donde radicaba su fuerza apostólica era, por decirlo en una sola palabra, en su oración, en su trato continuo con Dios. Por ejemplo, Mons. F. Hengsbach describía así a Mons. Escrivá de Balaguer: «Vivía y pensaba de forma totalmente sobrenatural. La realidad de Dios, la presencia de Cristo en el Santísimo Sacramento del Altar, la realidad del Cielo, las figuras de los Santos —ante todo de la Madre de Dios y de San José, Patrón de la Iglesia—, es decir, las realidades sobrenaturales, eran para él las realidades "evidentes".

»Su vida estuvo profundamente empapada de amor a la Iglesia y al Santo Padre. Creía con todo su ser en la Iglesia una, santa, católica, apostólica y romana. En su interior vivía de esta fe: de que en el Papa encontramos a Pedro y, en Pedro, al Señor.

»Su vida y su Obra, que no en vano había denominado con conocimiento sobrenatural Opus Dei, estaban sostenidas en la solicitud apostólica por los hombres, en su fe, en su vida en la Iglesia, en su vida en gracia y en oración. En el fondo de su alma estaba convencido de la prioridad de lo sobrenatural. Sin duda enseñó a sus hijos e hijas espirituales también el apostolado en medio de la profesión de cada uno. Pero primero les inculcó el amor a Dios y el encuentro con Cristo en la adoración y en la oración» [24].

Según la enseñanza del primer Gran Canciller de la Universidad de Navarra, la oración —el espíritu de oración— es absolutamente imprescindible para todo cristiano que quiera vivir su vocación. Pero ¿qué es orar?, ¿en qué estriba la oración?

«Me has escrito: "orar es hablar con Dios. Pero, ¿de qué?" —¿De qué? De El, de ti: alegrías, tristezas, éxitos y fracasos, ambiciones nobles, preocupaciones diarias..., ¡flaquezas!: y hacimientos de gracias y peticiones: y Amor y desagravio.

21. *Camino*, n. 107.
22. *Camino*, n. 109.
23. *Camino*, n. 82; *Consideraciones*, p. 14.
24. F. HENGSBACH, art. en «Ruhrwort», 23-VIII-1975.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

»En dos palabras: conocerle y conocerte: "¡tratarse!"» [25].

«¿Que no sabes orar? —Ponte en la presencia de Dios, y en cuanto comiences a decir: "Señor, ¡que no sé hacer oración!...", está seguro de que has empezado a hacerla» [26].

Para hacer oración es preciso salir del escondrijo del *anonimato* y enfrentarse con Dios, con la naturalidad y la sencillez con que un hijo acude a su padre. El sentido de la filiación divina es también esencial en la enseñanza del Fundador del Opus Dei, y constituyó un empeño suyo hacerlo entender y vivir a las almas. Un punto de *Camino* nos deja constancia del efecto saludable de esta doctrina:

«"Padre —me decía aquel muchachote (¿qué habrá sido de él?), buen estudiante de la Central—, pensaba en lo que usted me dijo... ¡que soy hijo de Dios!, y me sorprendí por la calle, 'engallado' el cuerpo y soberbio por dentro... ¡hijo de Dios!"

»Le aconsejé, con segura conciencia, fomentar la "soberbia"» [27].

Al Señor hay que acercarse, pues, como un hijo: con sencillez, naturalidad e, incluso, audacia.

Desde los primeros momentos, Mons. Escrivá de Balaguer puso como fundamento de la vida espiritual de los socios del Opus Dei el sentido de la filiación divina: saberse, sentirse hijos de Dios y actuar en consecuencia, con humilde audacia, con abandono confiado en la paternal Providencia de nuestro Padre-Dios. La conciencia de sentirse hijo de Dios vivifica toda la existencia cristiana al saberse amado por el Padre (cfr. 1 Ioh IV,6).

Pero pasemos por alto este importantísimo fundamento del sentido de nuestra filiación divina, porque el lector dispone de un trabajo dedicado monográficamente al tema de la Filiación divina [28], y porque necesariamente hay que recortar los límites de nuestro estudio.

Hablar con Dios, como un hijo con su padre, con absoluta sencillez. Es casi lo primero que Mons. Escrivá de Balaguer enseñaba. Lo primero que me ofrecieron también a mí en el Opus Dei, al quererme acercar a Dios:

«A cada uno llama a la santidad, de cada uno pide amor: jóvenes y ancianos, solteros y casados, sanos y enfermos, cultos e ignorantes, trabajen donde trabajen, estén donde estén. Hay un solo modo de crecer en la familiaridad y en la confianza con Dios: tratarle en la oración, hablar con El, manifestarle —de corazón a corazón— nuestro afecto.

25. *Camino*, n. 91.
26. *Camino*, n. 90; *Consideraciones*, p. 14.
27. *Camino*, n. 274.
28. Cfr. F. OCÁRIZ, *La filiación divina, realidad central en la vida y en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer*, incluido en el presente volumen.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

»(...) Por eso, hemos de poner en práctica la exhortación del Apóstol: *sine intermissione orate* (1 Thes V, 17); rezad siempre, pase lo que pase. *No sólo de corazón, sino con todo el corazón* (San Ambrosio, *Expositio in Psalmum CXVIII,* XIX, 12: PL 15, 1471)» [29].

En *Camino* exclama:

«Persevera en la oración. —Persevera, aunque tu labor parezca estéril. —La oración es siempre fecunda» [30].

Y aunque uno se sienta desvalido ante Dios, también debe perseverar en la oración, por muy cerrado que vea el horizonte:

«Te ves tan miserable que te reconoces indigno de que Dios te oiga... Pero, ¿y los méritos de María? ¿Y las llagas de tu Señor? Y... ¿acaso no eres hijo de Dios?

»Además, El te escucha "quoniam bonus..., quoniam in saeculum misericordia ejus": porque es bueno, porque su misericordia permanece siempre» [31].

No sabría yo decir, ni interesa ahora, cuál fue la ocasión de las siguientes palabras de *Camino:*

«No se veían las plantas cubiertas por la nieve. —Y comentó, gozoso, el labriego dueño del campo: "ahora crecen para adentro."

»—Pensé en ti: en tu forzosa inactividad...

»—Dime: ¿creces también para adentro?» [32].

En todo caso, ante circunstancias que dificulten la acción apostólica directa hay que «crecer para adentro», crecer en la vida interior, en el espíritu de oración, en el ejercicio de las virtudes cristianas, en la imitación de Jesucristo —¡treinta años de vida oculta!—, en espera, ansiosa pero serena, de que la Providencia divina favorezca otras circunstancias más propicias para el desarrollo directo de la labor apostólica: mientras tanto, ningún tiempo es perdido, teniendo vida de oración.

La escuela de oración: nunca pretendió Mons. Escrivá de Balaguer imponer métodos fijos para hacer oración. Pero explicó a veces su propia experiencia:

«Empezamos con oraciones vocales, que muchos hemos repetido de niños: son frases ardientes y sencillas, enderezadas a Dios y a su Madre, que es Madre nuestra» [33].

Y, desde el primer momento, en esa piedad sin complicaciones, debe desarrollarse la devoción a Santa María, *profunda y tierna a la vez*, como Mons. Escrivá de Balaguer la había llamado en ocasiones:

29. *Amigos de Dios*, nn. 294-295.
30. *Camino*, n. 101; *Consideraciones*, p. 15.
31. *Camino*, n. 93.
32. *Camino*, n. 294.
33. *Amigos de Dios*, n. 296.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

«Todavía, por las mañanas y por las tardes, no un día, habitualmente, renuevo aquel ofrecimiento que me enseñaron mis padres: *¡Oh Señora mía, oh Madre mía!, yo me ofrezco enteramente a Vos. Y, en prueba de mi filial afecto, os consagro en este día mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón...* ¿No es esto —de alguna manera— un principio de contemplación, demostración evidente de confiado abandono?» [34].

Y aquí ha habido otra vez el recurso a su propia vida, en este caso cuando era niño y su madre le enseñaba las oraciones y le introducía en la vida de piedad. A tal entrañable enseñanza materna volverá en algunas ocasiones. En 1974, en Argentina, una madre le contó un episodio de su hijo pequeño, de cinco años: un día iba ella con el niño en un «colectivo»; en el automóvil había una imagen de Nuestra Señora, a la que el niño saludó con la mano; después, el pequeño entabló conversación con el conductor, diciéndole cómo podía hablar con Santa María mientras conducía: Virgen, tenemos que parar, está el semáforo rojo. —Virgen, ahora seguimos, porque está el semáforo verde...

Mons. Escrivá de Balaguer permaneció unos breves segundos pensativo e, inmediatamente, dijo a la madre: «Eso es vida contemplativa; cuando yo tenía esa edad era muy piadoso, pero no tenía vida contemplativa» [35].

En la misma línea está la respuesta que dio en cierta entrevista de prensa. Le preguntaron: «Entonces, ¿le parece importante educar a los chicos, desde pequeños, en la vida de piedad? ¿Piensa que en la familia deben hacerse algunos actos de piedad?». Respondió:

«Considero que es precisamente el mejor camino para dar una formación cristiana auténtica a los hijos. La Sagrada Escritura nos habla de esas familias de los primeros cristianos —la *Iglesia doméstica,* dice San Pablo (1 Cor 16, 19)—, a las que la luz del Evangelio daba nuevo impulso y nueva vida.

»En todos los ambientes cristianos se sabe, por experiencia, qué buenos resultados da esa natural y sobrenatural iniciación a la vida de piedad, hecha en el calor del hogar. El niño aprende a colocar al Señor en la línea de los primeros y más fundamentales afectos; aprende a tratar a Dios como Padre y a la Virgen como Madre; aprende a rezar, siguiendo el ejemplo de sus padres. Cuando se comprende eso, se ve la gran tarea apostólica que pueden realizar los padres, y cómo están obligados a ser sinceramente piadosos, para poder transmitir —más que enseñar— esa piedad a los hijos» [36].

---

34. *Amigos de Dios*, n. 296.

35. Anécdota tomada de S. BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, cit., p. 18.

36. *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer,* Madrid, 10.ª ed. 1975, n. 103. Por esta edición citaremos en adelante.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

1. *De la oración vocal a la oración mental*

«Primero una jaculatoria, y luego otra, y otra..., hasta que parece insuficiente ese fervor, porque las palabras resultan pobres...: y se deja paso a la intimidad divina, en un mirar a Dios sin descanso y sin cansancio» [37].

Mons. Escrivá de Balaguer no teorizaba cuando escribía esas palabras: simplemente abría la intimidad de su alma de manera sincera y resumida. Por otro lado, me parece claro que, para el Fundador del Opus Dei, el paso de una a otra oración es constante y reversible: se va y se vuelve de un tipo a otro de oración; es más, no hay por qué urgir una división; o se hace o no se hace oración, y poco importa cómo se llame: la oración vocal no será oración si no va acompañada de la atención de la mente y de la aplicación del corazón; la oración mental, a su vez, no será verdadera oración si se queda en una reflexión o meditación abstracta: ha de pasar al diálogo —intencional, con o sin palabras— con Dios Uno y Trino; es decir, ha de constituir una relación de intimidad personal.

«"Domine, doce nos orare" —¡Señor, enséñanos a orar! —Y el Señor respondió: cuando os pongáis a orar, habéis de decir: "Pater noster, qui es in coelis..." —Padre nuestro, que estás en los cielos...

»¡Cómo no hemos de tener en mucho la oración vocal!» [38].

«Despacio. —Mira qué dices, quién lo dice y a quién. —Porque ese hablar de prisa, sin lugar para la consideración, es ruido, golpeteo de latas.

»Y te diré con Santa Teresa, que no lo llamo oración, aunque mucho menees los labios» [39].

Lo importante es que la oración sea continua, que los actos de piedad, los ratos en que se ora y reza, no sean algo desconectado de la vida del cristiano; sino que, por el contrario, los ratos dedicados al trato exclusivo con Nuestro Señor sean como la sal que condimenta toda la comida, esto es, que informen toda la existencia cristiana en los múltiples quehaceres de cada jornada. Se trata, pues, de adquirir un verdadero hábito de oración que convierta todas las peripecias cotidianas, importantes o triviales, en motivo de elevar a Dios el corazón y la mente.

«*Una oración al Dios de mi vida* (Ps XLI, 9). Si Dios es para nosotros vida, no debe extrañarnos que nuestra existencia de cristianos haya de estar entretejida en oración. Pero no penséis que la oración es un acto que se cumple y luego se abandona. El justo *encuentra en la*

37. *Amigos de Dios*, n. 296.
38. *Camino*, n. 84.
39. *Camino*, n. 85.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

ley de Yavé su complacencia y a acomodarse a esa ley tiende, durante el día y durante la noche (Ps I, 2). Por la mañana pienso en ti (cfr. Ps LXII, 7); y, por la tarde, se dirige hacia ti mi oración como el incienso (cfr. Ps CXL, 2). Toda la jornada puede ser tiempo de oración: de la noche a la mañana y de la mañana a la noche. Más aún: como nos recuerda la Escritura Santa, también el sueño debe ser oración (cfr. Dt VI, 6 y 7) (...).

»La vida de oración ha de fundamentarse además en algunos ratos diarios, dedicados exclusivamente al trato con Dios; momentos de coloquio sin ruido de palabras, junto al Sagrario siempre que sea posible, para agradecer al Señor esa espera —¡tan solo!— desde hace veinte siglos. Oración mental es ese diálogo con Dios, de corazón a corazón, en el que interviene toda el alma: la inteligencia y la imaginación, la memoria y la voluntad. Una meditación que contribuye a dar valor sobrenatural a nuestra pobre vida humana, nuestra vida diaria corriente.

»Gracias a esos ratos de meditación, a las oraciones vocales, a las jaculatorias, sabremos convertir nuestra jornada, con naturalidad y sin espectáculo, en una alabanza continua a Dios. Nos mantendremos en su presencia, como los enamorados dirigen continuamente su pensamiento a la persona que aman, y todas nuestras acciones —aun las más pequeñas— se llenarán de eficacia espiritual» [40].

La cita ha sido larga, pero valía la pena, pues constituye una pincelada impresionante sobre lo que es —o debe ser— la vida de oración de un cristiano. Y, una vez más, hemos de recordar que no se trata de un estudio construido sobre los libros, sino de un resumen espontáneo —pertenece a una homilía— de lo que era la vida de oración del Fundador del Opus Dei —llevada muy de cerca por el Espíritu Santo— y, también, de la constatación de la vida interior de las muchas personas a las que, con la gracia divina, había introducido en el camino de oración, de la vida contemplativa en medio de las ocupaciones ordinarias.

Nada de falsos espiritualismos o misticismos: la vida de oración da alas, impulso, para el cumplimiento responsable de los quehaceres y deberes profesionales, familiares, etc. La vida de oración es la base de lo que Mons. Escrivá de Balaguer llamó la *unidad de vida.*

El Fundador del Opus Dei predicó en todas las ocasiones un realismo bien templado, que ha dado sus frutos patentes en los más diversos tipos humanos, de toda nación, raza, condición y edad, tanto en hombres como en mujeres. Para llevar una vida de oración no hay que anhelar otras circunstancias diferentes de las que cada uno de nosotros vivimos hoy y ahora.

40. *Es Cristo que pasa*, n. 119.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Esta doctrina se nos aparece como una recuperación, un redescubrimiento de toda una dimensión fundamental del cristianismo, vivida por Nuestro Señor nada menos que durante sus treinta años de vida oculta, que no fueron un paréntesis inútil y obligado de espera antes de iniciar su ministerio público. Vivida también por Santa María Virgen y por San José, que gozaron de más profunda contemplación y santidad que los demás santos, y no precisamente en el apartamiento de sus quehaceres familiares y profesionales, sino en medio de ellos.

«Vivir santamente la vida ordinaria, acabo de deciros. Y con esas palabras me refiero a todo el programa de vuestro quehacer cristiano. Dejaos, pues, de sueños, de falsos idealismos, de fantasías, de eso que suelo llamar *mística ojalatera* —¡ojalá no me hubiera casado, ojalá no tuviera esta profesión, ojalá tuviera más salud, ojalá fuera joven, ojalá fuera viejo!...—, y ateneos, en cambio, sobriamente, a la realidad más material e inmediata, que es donde está el Señor: *mirad mis manos y mis pies,* dijo Jesús resucitado: *soy yo mismo. Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo* (Lc 24,39)» [41].

Es impresionante la claridad, fuerza expresiva y sencillez con que el primer Gran Canciller de la Universidad de Navarra explica las verdades más hondas de la existencia cristiana. Tan es así que, al intentar comentar los textos, tiene uno la impresión de que cualquier interpretación que se pretende hacer, o no añade nada que no esté ya nítidamente expuesto o, incluso, corre el peligro de estropear, con manos toscas, lo que es obra de arte de una inteligencia prócer y una experiencia pastoral y catequética del todo extraordinaria. El profundo sentido de la realidad y el asentamiento de la vida espiritual en la condición humilde de la criatura humana estaban siempre presentes en su conciencia, para no dejarse llevar en autocomplacencias por las gracias y dones divinos.

«No pensemos que, en esta senda de la contemplación, las pasiones se habrán acallado definitivamente. Nos engañaríamos, si supusiéramos que el ansia de buscar a Cristo, la realidad de su encuentro y de su trato, y la dulzura de su amor nos transforman en personas impecables. Aunque no os falte experiencia, dejadme, sin embargo, que os lo recuerde. El enemigo de Dios y del hombre, Satanás, no se da por vencido, no descansa. Y nos asedia, incluso cuando el alma arde encendida en el amor a Dios. Sabe que entonces la caída es más difícil, pero que —si consigue que la criatura ofenda a su Señor, aunque sea en poco— podrá lanzar sobre aquella conciencia la grave tentación de la desesperanza» [42].

No hay, pues, tragedia en la existencia humana, sino el contraste, real pero sereno, entre gracia de Dios y miseria humana. La lucha

41. *Conversaciones*, n. 116.
42. *Amigos de Dios*, n. 303.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

ascética, ardua, se ve endulzada por la paz de haber correspondido, aunque siempre se tenga la impresión —que es realidad— de que se ha quedado uno corto ante Dios y de que, hasta el final, nadie es victorioso, ni santo, sino que está siempre amenazado por su propia debilidad y por las asechanzas del demonio. La misma inseguridad de la condición pecadora, del ser *peccabile* que es el hombre, no obstante haber sido regenerado por la gracia, espolea el alma para la lucha ascética, sin angustia vital, sino confiado humildemente en la Providencia paternal de Dios. En definitiva, se trata de la doctrina evangélica de la vigilancia, que no permite adormecerse ante los frutos conseguidos de la gracia, sino que estimula la correspondencia, cada vez más generosa, a los dones y gracias divinos. En el fondo de esta antropología sobrenatural subyace siempre, como fundamento, el sentido de la filiación divina adoptiva, absolutamente esencial en la visión del ser cristiano, como ya hemos apuntado antes.

2. *Sed de Dios: audacia*

El patriarca Jacob fue audaz y luchó toda una noche para no dejar que el ángel de Dios le abandonara antes de bendecirle (cfr. Gen XXXII, 25-30). Mons. Escrivá de Balaguer enseñó que los cristianos hemos de ser también audaces, y no darnos por vencidos, ni ser tímidos con nuestro Padre Dios. Lo explicaba, en cierta ocasión, al comentar el episodio de la aparición de Jesús a los discípulos de Emaús (cfr. Lc XXIV, 13-35):

«Se termina el trayecto al encontrar la aldea, y aquellos dos que —sin darse cuenta— han sido heridos en lo hondo del corazón por la palabra y el amor del Dios hecho Hombre, sienten que se vaya. Porque Jesús les saluda *con ademán de continuar adelante* (Lc XXIV, 28). No se impone nunca, este Señor Nuestro. Quiere que le llamemos libremente, desde que hemos entrevisto la pureza del Amor, que nos ha metido en el alma. Hemos de detenerlo *por fuerza* y rogarle: *continúa con nosotros, porque es tarde, y va ya el día de caída* (Lc XXIV, 29), se hace de noche.

»Así somos: siempre poco atrevidos, quizá por insinceridad, o quizá por pudor. En el fondo, pensamos: quédate con nosotros, porque nos rodean en el alma las tinieblas, y sólo Tú eres luz, sólo Tú puedes calmar esta ansia que nos consume» [43].

La audacia, a la que se refiere Mons. Escrivá de Balaguer, brota del sentido de la filiación divina: el cristiano, que se sabe hijo de Dios, acude a El en la oración lleno de confianza filial. Esta le hace audaz ante

43. *Amigos de Dios*, n. 314.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

su Padre Dios y frente a las dificultades de su propia lucha ascética —ya no tiene miedo a comprometerse— y del apostolado —también pierde el miedo a los riesgos exteriores—. Por lo mismo, el cristiano se hace cada vez más valiente, no fiado en sus propias fuerzas, sino en la omnipotencia de su Padre-Dios. Tal audacia es, pues, muy importante para adentrarse en la intimidad divina; sin ella difícilmente puede hablarse de vida interior. El cristiano se siente hijo de Dios, amigo de Dios; el Señor entra en su vida como Padre y Amigo, en las ocasiones grandes y en los detalles menudos de cada jornada: es un vivir incesante en la presencia de nuestro Padre-Dios.

3. *Sed de Dios: oración*

Cuando el alma se adentra por caminos de oración, y corresponde a las gracias divinas «nace una sed de Dios, un ansiá de comprender sus lágrimas; de ver su sonrisa, su rostro... Considero que el mejor modo de expresarlo es volver a repetir, con la Escritura: *Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así te anhela mi alma, ¡oh Dios mío!* (Ps XLI, 2). Y el alma avanza metida en Dios, endiosada: se ha hecho el cristiano viajero sediento, que abre su boca a las aguas de la fuente (cfr. Ecclo XXVI, 15)» [44].

Toda la intensísima actividad apostólica de Mons. Escrivá de Balaguer sólo se explica por su vida interior fuerte, por su oración incesante. Era de la contemplación de Dios, del deseo de estar con El, del amor a Jesucristo y a cada una de las Personas divinas de donde brotaba esa capacidad de trabajo apostólico, de sacrificio personal, de orden y aprovechamiento del tiempo que, *Deo favente*, le dieron el premio de ver ya en vida un grandísimo desarrollo de su labor. La rápida y firme expansión del Opus Dei la explicaba así Mons. Johannes Pohlschneider: «El Opus Dei es un fenómeno asombroso de nuestro tiempo. A pesar de que empezó no antes del año 1928, la Obra cuenta ya hoy con unos 60.000 socios, de 80 países, hombres y mujeres de las más diversas condiciones sociales y profesionales. A menudo tuve la oportunidad de ver de cerca su vida y actividades, no solamente en Alemania, sino también en otros países, especialmente en España, Italia, en Kenia y Nigeria, etc. En todos estos lugares vi su admirable, prudente y desprendido esfuerzo para edificar el Reino de Dios, su amor a la Iglesia y su vida de oración llena de piedad. Muchas veces me parecía sentir que en todos los lugares el espíritu del Fundador estaba presente» [45].

44. *Amigos de Dios*, n. 310.

45. J. POHLSCHNEIDER, *Eindrücke bei Begegnungen mit dem Opus Dei Gründer*, en «Deutsche Tagespost», Würzburg, 11/12-VII-1975.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Por su parte, el Cardenal Primado de España atribuía también la razón del desarrollo apostólico del Opus Dei a la profunda vida interior de su Fundador, vida de oración que había sabido inculcar en sus hijos: «Tres grandes fuerzas animaban su vida interior, presentes cada día y cada hora en su espíritu, de valor supremo e insustituible para vivir como hijo de la Iglesia en su doble dimensión mística (amor al misterio de la esposa de Cristo) y apostólica (dinamismo de una fe que aspira a remover el mundo). Eran la Eucaristía, particularmente el santo sacrificio de la Misa (sentido de redención); amor a la humanidad de Cristo niño, hombre, muerto y resucitado (sentido de encarnación de la fe en el mundo), y amor vivísimo a la Santísima Virgen María, de la cual no quería ver separado a San José (sentido de familia de los hijos de Dios que tienen junto a sí motivos de gozo, al encontrarse con la belleza espiritual y la ayuda materna de María).

»Esta triple fuerza que caldeó su vida le movió a lanzarse a la gran tarea, santificar a los hombres tal como son, tal como viven, tal como trabajan» [46].

El anhelo de vida de oración de Mons. Escrivá de Balaguer no se apartaba, pues, del sentido de la realidad y de la responsabilidad. La vida de contemplación no exime del cumplimiento fiel de las obligaciones profesionales, cívicas, sociales, etc., del cristiano, sino que le empuja a plasmar, con renovado esfuerzo, las exigencias de la fe en toda la conducta humana. Siguiendo la doctrina evangélica, hay que vivir no como un siervo vago y perezoso, sino diligente y trabajador. En *Camino* queda constancia de esta enseñanza, como aquel punto:

«Cuentan de un alma que, al decir al Señor en la oración "Jesús, te amo", oyó esta respuesta del cielo: "Obras son amores y no buenas razones".

»Piensa si acaso tú no mereces también ese cariñoso reproche» [47].

4. *Un nuevo modo de pisar en la tierra*

La vida de oración sincera hace que el cristiano, sin cambiar su condición humana, sin alterar tampoco sus actividades profesionales y familiares, cambie sin embargo su modo de enfrentarse con la existencia toda: avance en la libertad de los hijos de Dios, de modo que las cosas y los sucesos ya no le acobardan, sino que adquieren una nueva dimensión, porque el cristiano está alcanzando como *un nuevo modo de pisar en la tierra:*

46. M. González Martín, *¿Cuál sería su secreto?*, en «Los domingos de ABC», 24-VIII-1975.

47. *Camino*, n. 933.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

«Os libraré de la cautividad, estéis donde estéis (Ier XXIX, 14). Nos libramos de la esclavitud, con la oración: nos sabemos libres, volando en un epitalamio de alma encariñada, en un cántico de amor, que empuja a desear no apartarse de Dios. Un nuevo modo de pisar en la tierra, un modo divino, sobrenatural, maravilloso. Recordando a tantos escritores castellanos del quinientos, quizá nos gustará paladear por nuestra cuenta: ¡que vivo porque no vivo: que es Cristo quien vive en mí! (cfr. Gal II, 20)» [48].

La oración, pues, nos da *un nuevo modo de pisar en la tierra*, sin la ilusoria y cómoda pretensión de ahorrarnos las contrariedades de esta vida, pero facilitando superarlas sin suprimirlas. Ahí, en esa sobrenaturalización de las situaciones concretas, es donde ha de enraizarse toda enseñanza sobre el mundo, toda teología de la verdadera liberación, que, en definitiva, no es otra que la Redención cristiana. En esa misma línea está la valoración del trabajo, no pocas veces duro, de cualquier hombre que ha de sacar adelante una familia de sangre o de vínculos espirituales; la aceptación sosegada de los sinsabores que lleva consigo el desarrollo de la vida profesional; el llevar con paciencia el peso de la propia indigencia y limitación..., todo eso, y más que pueda enumerarse, adquiere nueva dimensión para el cristiano, que ve en esta vida sobre la tierra la ocasión y el camino de acercarse al Cielo [49].

El deseo de santidad, alimentado con la vida de oración, abre al alma perspectivas de generosidad, cada vez más amplias, que se traducen en la práctica de servicios, pequeños o grandes, a Dios y en bien de los demás:

«No rehusemos la obligación de vivir, de gastarnos —bien exprimidos— al servicio de Dios y de la Iglesia» [50].

Y hay más. Ese gastarnos se hace con gusto, libremente, aunque a veces —es natural— cueste. Se hace en libertad, *con la libertad de los hijos de Dios, que Jesucristo nos ha ganado muriendo sobre el madero de la Cruz* [51]. Van entonces perdiendo razón ciertos sentimientos de egoísmo que tenemos como si fueran innatos en nuestra pobre natura-

48. *Amigos de Dios*, n. 297.

49. «Mons. Escrivá de Balaguer trata de todas las virtudes con referencias continuas a la vida del cristiano que está en medio del mundo porque *ése es su sitio, el lugar donde Dios ha querido colocarlo*. Ahí se despliegan las virtudes humanas: la prudencia, la veracidad, la serenidad, la justicia, la magnanimidad, la laboriosidad, la templanza, la sinceridad, la fortaleza, etc. Virtudes humanas y cristianas, porque la templanza se perfecciona con el espíritu de penitencia y de mortificación; el austero cumplimiento del propio deber se engrandece con el toque divino de la caridad, 'que es como un generoso desorbitarse de la justicia' (*Amigos de Dios*, n. 173). Se vive en medio de las cosas que usamos, pero desprendidos, con corazón limpio» (A. DEL PORTILLO, *Presentación* a *Amigos de Dios*, p. 15).

50. *Amigos de Dios*, n. 297.

51. *Amigos de Dios*, n. 297.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

leza humana, mudada en peor tras el pecado original. El cristiano se va olvidando de sí mismo, de *sus cosas*, para adquirir una solidaridad humano-divina, aprende a *conjugar el nosotros*, sin perder el sentido de la propia responsabilidad, sin refugiarse en el anonimato de la masa ante los deberes personales. Sólo una vida de oración es capaz de enseñar al cristiano tal unión entre el *yo* de las responsabilidades individuales, intransferibles, y el *nosotros* de la solidaridad generosa con todos los hombres. Desaparecen, pues, la mayoría de los problemas y de las preocupaciones personales, la susceptibilidad por lo que nos pueda herir, la pena exagerada y el disgusto enervante por nuestros propios fracasos. Hasta los dolores morales y físicos son afrontados con nuevas disposiciones:

«Os hablaba antes de dolores, de sufrimientos, de lágrimas. Y no me contradigo si afirmo que, para un discípulo que busque amorosamente al Maestro, es muy distinto el sabor de las tristezas, de las penas, de las aflicciones: desaparecen en cuanto se acepta de veras la Voluntad de Dios, en cuanto se cumplen con gusto sus designios, como hijos fieles, aunque los nervios den la impresión de romperse y el suplicio parezca insoportable» [52].

El recuerdo se va fácilmente otra vez a San Pablo, que podía exclamar «todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Philp IV, 13; cfr. 1 Tim I, 12; 2 Tim IV, 17; Eph VI, 10).

IV. Jesucristo, camino

El Fundador del Opus Dei se había definido muchas veces —ya lo hemos dicho— como *un pecador que ama a Jesucristo*. El acceso hasta Dios, verdadero acceso, no mitad del camino, era la Santísima Humanidad de Nuestro Señor. Hacia Jesús sentía un profundo amor, verdadero amor, que no dudaba en calificar de *apasionado*. Y añadía que no tenía más que un corazón, y por tanto humano, para amar a Dios, para amar a la Santísima Virgen y para amar a todos los hombres. Por eso, entre sus normas diarias de piedad, contaba la lectura meditada, durante unos minutos, del Santo Evangelio. Esta lectura la inculcó, desde el primer momento, a cuantos querían frecuentar su dirección espiritual. Lo hacía persuadido de que el conocimiento de la vida en la tierra del Dios hecho hombre era *el camino* para entender a Dios y enamorarse de El. En una de sus homilías resume de modo claro toda una práctica de muchos años, e ilustra el modo como personalmente entendía y enseñaba la lectura del Santo Evangelio. Merece transcribirse, aunque la cita sea extensa:

52. *Amigos de Dios*, n. 311.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

«Pero para ser *ipse Christus* hay que *mirarse en El.* No basta con tener una idea general del espíritu de Jesús, sino que hay que aprender de El detalles y actitudes. Y, sobre todo, hay que contemplar su paso por la tierra, sus huellas, para sacar de ahí fuerza, luz, serenidad, paz (...).

»Por eso hemos de meditar la historia de Cristo, desde su nacimiento en un pesebre, hasta su muerte y su resurrección. En los primeros años de mi labor sacerdotal, solía regalar ejemplares del Evangelio o libros donde se narraba la vida de Jesús. Porque hace falta que la conozcamos bien, que la tengamos toda entera en la cabeza y en el corazón, de modo que, en cualquier momento, sin necesidad de ningún libro, cerrando los ojos, podamos contemplarla como en una película; de forma que, en las diversas situaciones de nuestra conducta, acudan a la memoria las palabras y los hechos del Señor.

»Así nos sentiremos metidos en su vida. Porque no se trata sólo de pensar en Jesús, de representarnos aquellas escenas. Hemos de meternos de lleno en ellas, ser actores. Seguir a Cristo tan de cerca como Santa María, su Madre, como los primeros doce, como las santas mujeres, como aquellas muchedumbres que se agolpaban a su alrededor. Si obramos así, si no ponemos obstáculos, las palabras de Cristo entrarán hasta el fondo del alma y nos transformarán (...).

»Si queremos llevar hasta el Señor a los demás hombres, es necesario ir al Evangelio y contemplar el amor de Cristo. Podríamos fijarnos en las escenas cumbres de la Pasión, porque, como El mismo dijo, *nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos* (Ioh XV, 13). Pero podemos considerar también el resto de su vida, su trato ordinario con quienes se cruzaron con El» [53].

El pasaje constituye una enseñanza, profunda y sencilla a la vez, para leer con aprovechamiento el Evangelio. Como en otras muchas ocasiones, no se trata de una síntesis obtenida sólo del estudio teológico, sino principalmente adquirida en la meditación de los Sagrados Libros. La devoción a la Santísima Humanidad de Cristo era, pues, muy profunda, central y básica en la vida espiritual de nuestro primer Gran Canciller, que se situaba como un participante en las escenas de la vida terrena de Cristo, en compañía de la Virgen, de San José, de los Doce, de los otros discípulos y de las multitudes que seguían a Jesús para escucharle y ser curadas de sus dolencias. Es también la misma que adoptaba en la contemplación de los misterios del Rosario y que nos da la trama de ese otro libro que compuso con el título de *Santo Rosario* [54]. Siguiendo el hilo de los quince *misterios*, propone al lector

53. *Es Cristo que pasa*, n. 107.

54. Primera edición, 1945. Desde entonces han aparecido veinte ediciones más en castellano y dieciséis en otros ocho idiomas.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

contemplar la escena metido en un personaje que está presente y comparte la vida de los que históricamente intervinieron en ella. Pongamos un ejemplo, más bien tomado al azar. Se trata del tercer misterio gozoso; no transcribiremos más que la segunda parte del pasaje:

«Y en Belén nace nuestro Dios: ¡Jesucristo! —No hay lugar en la posada: en un establo. —Y su Madre le envuelve en pañales y le recuesta en el pesebre (Luc., II, 7).

»Frío. —Pobreza. —Soy un esclavito de José. —¡Qué bueno es José! —Me trata como un padre a su hijo. —¡Hasta me perdona, si cojo en mis brazos al Niño y me quedo, horas y horas, diciéndole cosas dulces y encendidas!...

»Y le beso —bésale tú—, y le bailo, y le canto, y le llamo Rey, Amor, mi Dios, mi Unico, mi Todo!... ¡Qué hermoso es el Niño... y qué corta la decena!» [55].

Me permito subrayar cómo en una voluntad recia, en una energía que no se consiente concesiones al sentimentalismo blando, caben en cambio las delicadezas de un amor a Cristo tierno, varonil y sacrificado a la vez.

Imitación de Cristo

Mons. Escrivá de Balaguer enseñó a seguir al Señor muy de cerca, *como aquellos primeros doce*. En tales circunstancias «se refleja el Señor en nuestra conducta, como en un espejo. Si el espejo es como debe ser, recogerá el semblante amabilísimo de nuestro Salvador sin desfigurarlo, sin caricaturas: y los demás tendrán la posibilidad de admirarlo, de seguirlo» [56].

La contemplación lleva a la imitación de Cristo, a plasmar en nuestra vida la suya, con todas sus exigencias, que son evidentemente ilimitadas. De ahí que la tarea de formación y de santificación del cristiano no termine sino con la muerte, y que nadie llegue verdaderamente al *plano de su santidad* en esta vida, porque siempre le queda una distancia inconmensurable hasta alcanzar el modelo. Toda la existencia cristiana es un caminar —como enseña la epístola a los Hebreos— hacia Cristo, que es la plenitud de esa vida cristiana. Debe haber entonces un continuo esfuerzo por acercarse a Jesús, un intento que se renueva con frecuencia, aprovechando los impulsos de las gracias actuales que Dios envía al hilo de los acontecimientos, grandes o pequeños, de nuestra vida. Muchas veces hablará del continuo comenzar; en esto consiste

55. *Santo Rosario*, 17.ª ed., Madrid 1975, pp. 22-23.
56. *Amigos de Dios*, n. 299.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

principalmente la *lucha ascética*: un siempre *comenzar de nuevo*, conscientes de nuestra propia miseria.

«En este esfuerzo por identificarse con Cristo, he distinguido como cuatro escalones: buscarle, encontrarle, tratarle, amarle. Quizá comprendéis que estáis como en la primera etapa. Buscadlo con hambre, buscadlo en vosotros mismos con todas vuestras fuerzas. Si obráis con este empeño, me atrevo a garantizar que ya lo habéis encontrado, y que habéis comenzado a tratarlo y a amarlo, y a tener vuestra conversación en los cielos (cfr. Phil III,20)» [57].

La imitación de Cristo no es, evidentemente, un mimetismo externo. Tampoco estriba en una imitación de sus *sentimientos* con solas las fuerzas humanas. Esto sería mucho, pero es muy poco, y además resultaría imposible: la identificación con Cristo es una obra esencialmente sobrenatural; parte de la gracia santificante conferida en el Bautismo; se alimenta con el aumento de la gracia que lleva consigo la vida sacramental, con la escucha amorosa de la palabra de Dios, con el ejercicio de la oración... El organismo sobrenatural se acompaña con el esfuerzo noble del alma por corresponder a la gracia.

En todo cuanto se refiere a la doctrina dogmática, moral y litúrgica, Mons. Escrivá de Balaguer no pretendía ser original: muchas veces advertía que ni tenía ni quería tener otra doctrina que la revelada por Dios por medio de sus profetas y, sobre todo, por su Hijo Jesucristo y sus Apóstoles, y enseñada por el Magisterio de la Iglesia; doctrina que no puede ser nueva propiamente, sino *vieja como el Evangelio* y, sin embargo, *como el Evangelio nueva.*

No obstante, hay profundos aspectos de la ascética, de la espiritualidad y de los modos de ejercer el apostolado de Mons. Escrivá de Balaguer que, evidentemente, aparecen nuevos en la Historia de la Iglesia, como peculiares y propios del Opus Dei, o que habían sido prácticamente olvidados tras los dos o tres primeros siglos del cristianismo. Algunos de tales aspectos —como ya advertimos en páginas anteriores al hablar de la llamada universal a la santidad— se adelantaron casi cuarenta años a la doctrina del Concilio Vaticano II. Me parece útil transcribir aquí las siguientes palabras del Cardenal Baggio, Prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos, publicadas al mes justo del fallecimiento del Fundador del Opus Dei: «Nosotros, sus contemporáneos, no tenemos la necesaria perspectiva para valorar el alcance histórico de la enseñanza (en tantos aspectos auténticamente revolucionaria y anticipadora) y de la acción pastoral (de una eficacia y una irradiación sin equivalente) de este insigne hombre de la Iglesia. Pero es evidente desde ahora que la vida, la obra y el mensaje del Fundador del Opus Dei constituyen un viraje o, más exactamente, un capítulo nuevo

57. *Amigos de Dios*, n. 300.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

y original en la historia de la espiritualidad cristiana, si la consideramos —y así debe ser— como un camino rectilíneo bajo la guía del Espíritu Santo» [58].

En todo caso, una de las pruebas de la misión sobrenatural del Fundador del Opus Dei radica ahí, en la coherencia de su doctrina con la del Magisterio, en la seguridad de lo que siempre —en ocasiones solemnes o triviales— enseñaba y vivía, en su sintonía con las enseñanzas de los Santos Padres y Doctores, en su connaturalidad con el Evangelio, con la Sagrada Escritura en general. Quizá por eso se presenta siempre penetrante y segura su interpretación de los textos bíblicos y su facilidad para proyectarlos a la existencia cristiana. Al escuchar a Mons. Escrivá de Balaguer se percibía la honda conjunción de lo viejo con lo nuevo, esto es, de lo viejo vivido *de nuevo*, aplicado con renovada juventud a las cambiantes circunstancias del tiempo y de la historia.

Es difícil sintetizar la rica personalidad espiritual y humana del Fundador del Opus Dei. Me atrevería a decir que era fruto de la que, de alguna manera, podríamos llamar connaturalidad con Jesucristo Nuestro Señor, con el que vivía en continua unión de afectos, de sentimientos, de modos de obrar, dentro de los límites que es dado a un hombre participar de esa comunión (koinonía) con el Verbo Encarnado. Quienes han convivido con Mons. Escrivá de Balaguer podrán testimoniar cómo su extraordinaria fuerza de convocación no quedaba parada en la adhesión a su persona, sino que era relanzada hacia Nuestro Señor Jesucristo. Pero hay más, el afecto y la devoción que sienten tantas almas por el Fundador del Opus Dei ha crecido intensamente después de su muerte, al par que su fama de santidad eximia; esas personas, juntamente con los que le conocimos en vida, sienten el agradecimiento más sincero y profundo por quien les lleva a Jesús y, con Jesús, con su Santísima Humanidad, a Nuestro Dios Uno y Trino. Mons. Escrivá de Balaguer, instrumento de Dios, contagia su vida de fe. Cuántas veces se cuidó de gritar de variadas formas: *¡no me tenéis que imitar a mí, habéis de imitar a Nuestro Señor!* Hacia El quería, en efecto, empujar a todas las almas, con todas las fuerzas de su inteligencia y de su corazón; transmitirles su fe y su vida de fe con la que pisaba en esta tierra, sin disimular ninguna de las exigencias que comporta el seguimiento responsable de Cristo:

«Habitar bajo la protección de Dios, vivir con Dios: ésta es la arriesgada seguridad del cristiano. Hay que estar persuadidos de que Dios nos oye, de que está pendiente de nosotros: así se llenará de paz nuestro corazón. Pero vivir con Dios es indudablemente correr *un ries-*

58. S. BAGGIO, *Opus Dei: una svolta nella spiritualità*, en «Avvenire», Milano, 26-VII-1975.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

go, porque el Señor no se contenta compartiendo: lo quiere todo. Y acercarse un poco más a El quiere decir estar dispuesto a una nueva conversión, a una nueva rectificación, a escuchar más atentamente sus inspiraciones, los santos deseos que hace brotar en nuestra alma, y a ponerlos por obra (...).

»No es posible quedarse inmóviles. Es necesario ir adelante hacia la meta que San Pablo señalaba: *no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí* (Gal II,20). La ambición es alta y nobilísima: la identificación con Cristo, la santidad. Pero no hay otro camino, si se desea ser coherente con la vida divina que, por el Bautismo, Dios ha hecho nacer en nuestras almas» [59].

Ir junto a Jesucristo: nuestro primer Gran Canciller insiste una y otra vez en ese acercarse a Jesús y seguirle. Se trata de sentir y vivir en una presencia continua de Jesús; un ejercicio ininterrumpido de la presencia de Dios, de alguna manera *materializado* con la ayuda de la presencia de la Humanidad Santísima de Jesús. Es más fácil para nuestra inteligencia —que entiende a través de los sentidos— pensar en Dios pensando primero en Jesús, verdadero Hombre y verdadero Dios.

«Ruego al Señor que nos decidamos a alimentar en nuestras almas la única ambición noble, la única que merece la pena: ir junto a Jesucristo, como fueron su Madre Bendita y el Santo Patriarca, con ansia, con abnegación, sin descuidar nada. Participaremos en la dicha de la divina amistad —en un recogimiento interior, compatible con nuestros deberes profesionales y con los de ciudadano—, y le agradeceremos la delicadeza y la claridad con que El nos enseña a cumplir la Voluntad del Padre Nuestro que habita en los cielos» [60].

Pero entiendo que Mons. Escrivá de Balaguer reacciona inmediatamente contra cualquier forma de falso misticismo: la *dicha de la divina amistad,* para el cristiano corriente, trae inmediatamente a su alma no sólo el recuerdo, sino la urgencia del cumplimiento de los *deberes profesionales* y de *los de ciudadano.* No se trata de hacer aquí tres tiendas (cfr. Mt XVII,4), sino de *cumplir la Voluntad del Padre,* cada uno, *siendo contemplativos en medio del mundo,* frase que resume de modo incisivo esta enseñanza que explicó muchísimas veces. He aquí cómo expuso brevemente esta doctrina en la homilía pronunciada durante la Santa Misa celebrada en el *campus* de la Universidad de Navarra, ante unas cuarenta mil personas, el 8 de octubre de 1967. El pasaje constituye todo un planteamiento de la vida cristiana:

«Esta verdad tan consoladora y profunda, esta significación escatológica de la Eucaristía, como suelen denominarla los teólogos,

59. *Es Cristo que pasa,* n. 58 (Homilía pronunciada el I Domingo de Cuaresma, 2-III-1952).

60. *Amigos de Dios,* n. 300.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

podría, sin embargo, ser malentendida: lo ha sido siempre que se ha querido presentar la existencia cristiana como algo solamente *espiritual* —espiritualista, quiero decir—, propio de gentes *puras,* extraordinarias, que no se mezclan con las cosas despreciables de este mundo, o, a lo más, que las toleran como algo necesariamente yuxtapuesto al espíritu, mientras vivimos aquí.

»Cuando se ven las cosas de este modo, el templo se convierte en el lugar por antonomasia de la vida cristiana; y ser cristiano es, entonces, ir al templo, participar en sagradas ceremonias, incrustarse en una sociología eclesiástica, en una especie de *mundo* segregado, que se presenta a sí mismo como la antesala del cielo, mientras el mundo común recorre su propio camino. La doctrina del Cristianismo, la vida de la gracia, pasarían, pues, como rozando el ajetreado avanzar de la historia humana, pero sin encontrarse con él.

»En esta mañana de octubre, mientras nos disponemos a adentrarnos en el memorial de la Pascua del Señor, respondemos sencillamente *que no* a esa visión deformada del Cristianismo. Reflexionad por un momento en el marco de nuestra Eucaristía, de nuestra Acción de Gracias: nos encontramos en un templo singular; podría decirse que la nave es el *campus* universitario; el retablo, la Biblioteca de la Universidad; allá, la maquinaria que levanta nuevos edificios; y arriba, el cielo de Navarra...

»¿No os confirma esta enumeración, de una forma plástica e inolvidable, que es la vida ordinaria el verdadero *lugar* de vuestra existencia cristiana? Hijos míos, allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo» [61].

Una vez más, Mons. Escrivá de Balaguer aprovechaba la ocasión para enseñar la doctrina de la santificación del cristiano en medio y a través del trabajo cotidiano.

V. La Cruz de Jesús

En la contemplación de la Santísima Humanidad de Jesús, Mons. Escrivá de Balaguer había aprendido que hay que cumplir lo que Cristo mismo mandó a sus discípulos: tomar la cruz y seguirle (cfr. Lc IX,23):

«Pero no olvidéis que estar con Jesús es, seguramente, toparse con su Cruz. Cuando nos abandonamos en las manos de Dios, es frecuente que El permita que saboreemos el dolor, la soledad, las contradicciones, las calumnias, las difamaciones, las burlas, por dentro y por fuera:

61. *Conversaciones*, n. 113.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

porque quiere conformarnos a su imagen y semejanza, y tolera también que nos llamen locos y que nos tomen por necios» [62].

Tal enumeración de tribulaciones no es debida, en modo alguno, a exuberancias literarias: cada una de esas palabras es una condensación de las muchas y duras experiencias en la participación de la Cruz de Cristo, que Mons. Escrivá de Balaguer soportó por ser y para ser fiel discípulo de Cristo, que le sigue de cerca.

Oración y mortificación han de darse juntamente en la existencia cristiana. Alguna vez Mons. Escrivá de Balaguer ha llamado a la mortificación la oración del cuerpo, *la oración de los sentidos*. En mi entender, según su enseñanza, no hay verdadera oración si no va acompañada de la mortificación; es más, ambas vienen a ser una misma cosa. Pero la mortificación —como la oración— no es algo suelto en la vida del cristiano, sino un hábito, un *espíritu*, con el cual afronta uno la vida toda. De poco servirían unas determinadas prácticas de mortificación y penitencia si no informaran el resto de la vida cristiana. La mortificación, en fin, se hace necesaria a causa del pecado, para reparar, para hacer penitencia. Las prácticas de mortificación nacen de la penitencia, del arrepentimiento de haber ofendido a Dios y del deseo, de la necesidad de reparar. Pero también ese *espíritu de reparación* se asienta en la humildad. No se trata de saldar una deuda con el Señor para ya no deberle nada: eso sería una monstruosa soberbia. Se trata de presentar amorosamente a Dios nuestro arrepentimiento y de no fiarse de nuestro cuerpo ni de nuestra alma, que son siempre capaces de las mayores traiciones y de las pequeñas, por las que con frecuencia empiezan las mayores.

En esa línea, la mortificación no ha de considerarse como algo triste: al contrario, siguiendo la doctrina del Señor, que nos mandó lavarnos bien y asearnos cuando ayunamos (cfr. Mt VI,16-18), la mortificación y la penitencia son alegres, porque nos acercan a Dios en cuanto que son muestras de humildad y de amor: ¿cómo podríamos ofrecer rectamente al Señor un sacrificio hecho con mala cara? ¿Cómo podría serle grato algo hecho como a la fuerza, sin voluntad? La penitencia y la mortificación son sal en la vida del cristiano.

Una vez más debo manifestar mi inseguridad de haber penetrado bien y profundamente en el pensamiento del Fundador del Opus Dei. Mi propósito aquí es sólo trazar unas cuantas pinceladas acerca de su doctrina sobre la mortificación, describir someramente el papel que la mortificación, la participación en la Cruz de Jesús, tiene en orden a la vida de oración, camino a su vez hacia la santidad.

«Para santificarse, el cristiano corriente —que no es un religioso, que no se aparta del mundo, porque el mundo es el lugar de su encuen-

62. *Amigos de Dios*, n. 301.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

tro con Cristo– no necesita hábito externo, ni signos distintivos. Sus signos son internos: la presencia de Dios constante y el espíritu de mortificación. En realidad, una sola cosa, porque la mortificación no es más que la oración de los sentidos.

»La vocación cristiana es vocación de sacrificio, de penitencia, de expiación. Hemos de reparar por nuestros pecados –¡en cuántas ocasiones habremos vuelto la cara, para no ver a Dios!– y por todos los pecados de los hombres. Hemos de seguir de cerca las pisadas de Cristo: *traemos siempre en nuestro cuerpo la mortificación, la abnegación de Cristo, su abatimiento en la Cruz, para que también en nuestros cuerpos se manifieste la vida de Jesús* (2 Cor IV,10) (...).

»La mortificación es la sal de nuestra vida. Y la mejor mortificación es la que combate –en pequeños detalles, durante todo el día–, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. Mortificaciones que no mortifiquen a los demás, que nos vuelvan más delicados, más comprensivos, más abiertos a todos» [63].

El sentido realista de la práctica de la mortificación es algo que el Fundador del Opus Dei quiso enseñar como dimensión de primordial importancia, para evitar engaños en los cuales suele estar metido el diablo. Aparte de frases que son lapidarias, porque resumen en pocas palabras la absoluta necesidad de la mortificación [64], en *Camino* encontramos expresiones que han sido utilísimas a muchas almas:

«Te acogota el dolor porque lo recibes con cobardía. –Recíbelo, valiente, con espíritu cristiano: y lo estimarás como un tesoro» [65].

«Esa palabra acertada, el chiste que no salió de tu boca; la sonrisa amable para quien te molesta; aquel silencio ante la acusación injusta; tu bondadosa conversación con los cargantes y los inoportunos; el pasar por alto cada día, a las personas que conviven contigo, un detalle y otro fastidiosos e impertinentes... Esto, con perseverancia, sí que es sólida mortificación interior» [66].

«¡Los ojos! Por ellos entran en el alma muchas iniquidades. –¡Cuántas experiencias a lo David!... –Si guardáis la vista habréis asegurado la guarda de vuestro corazón» [67].

«El minuto heroico. –Es la hora, en punto, de levantarte. Sin vacilación: un pensamiento sobrenatural y... ¡arriba! –El minuto heroico: ahí tienes una mortificación que fortalece tu voluntad y no debilita tu naturaleza» [68].

---

63. *Es Cristo que pasa*, n. 9.
64. Por citar un ejemplo: "Donde no hay mortificación no hay virtud" (*Camino*, n. 180).
65. *Camino*, n. 169.
66. *Camino*, n. 173; *Consideraciones*, p. 19.
67. *Camino*, n. 183; *Consideraciones*, p. 21.
68. *Camino*, n. 206.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

La lista de ejemplos sería muy larga. Hemos de subrayar —una vez más— que casi todos, por no decir todos, esos puntos de *Camino* —muchos bastante anteriores a la edición del libro, pues aparecen ya idénticos en *Consideraciones Espirituales*— tienen su historia concreta: no surgieron de la pluma como fruto del ingenio literario, sino de la práctica de las virtudes, de la experiencia pastoral, intensa y fina, y de las extraordinarias gracias fundacionales que Dios daba a quien había constituido en instrumento fiel para promover el fenómeno pastoral del Opus Dei. De ahí, sin duda, la fuerza de *Camino*, el impacto que causa su lectura, máxime quizá en quienes escucharon de viva voz a su autor. Y hay que añadir que esos consejos siguen siendo normas prácticas de vida y de mortificación diarias para miles de almas, que se van multiplicando cada vez más por todo el mundo, en vida y después del tránsito del Fundador del Opus Dei: ¡tal es la eficacia y el fruto de la tarea apostólica a la que fue impulsado por la gracia muy especial de Dios!

1. *La Santa Cruz*

Mons. Escrivá de Balaguer enseñó, al hilo de su misma vida, una doctrina y una práctica de la *Santa Cruz* que, como en otros aspectos, irán quedando como patrimonio común de la espiritualidad, por constituir un redescubrimiento, una penetración en la vida cristiana, en la vida de Cristo mismo.

«Afán de adoración, ansias de desagravio con soselada suavidad y con sufrimiento. Se hará vida en vuestra vida la afirmación de Jesús: *el que no toma su cruz, y me sigue, no es digno de mí* (Mt X,38). Y el Señor se nos manifiesta cada vez más exigente, nos pide reparación y penitencia, hasta empujarnos a experimentar el ferviente anhelo de querer *vivir para Dios, clavado en la cruz juntamente con Cristo* (Gal II,19). Pero *este tesoro lo guardamos en vasos de barro* frágil y quebradizo, *para que se reconozca que la grandeza del poder que se advierte en nosotros es de Dios y no nuestra* (2 Cor IV,7)» [69].

Mons. Escrivá de Balaguer hace una exégesis verdaderamente vital de los textos de San Pablo sobre la Cruz de Cristo. He aquí cómo traduce y explica uno de esos textos:

«*Nos descubrimos acosados de toda suerte de tribulaciones, y no por eso perdemos el ánimo; nos hallamos en grandes apuros, no desesperados* o sin recursos; *somos perseguidos, no desamparados; abatidos, pero no enteramente perdidos: traemos siempre representada en nuestro cuerpo por todas partes la mortificación de Jesús* (2 Cor IV,8-10).

69. *Amigos de Dios*, n. 304.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

»Imaginamos que el Señor, además, no nos escucha, que andamos engañados, que sólo se oye el monólogo de nuestra voz. Como sin apoyo sobre la tierra y abandonados del cielo, nos encontramos. Sin embargo, es verdadero y práctico nuestro horror al pecado, aunque sea venial. Con la tozudez de la Cananea, nos postramos rendidamente como ella, que le adoró, implorando: *Señor, socórreme* (Mt XV,25). Desaparecerá la oscuridad, superada por la luz del Amor.

»Es la hora de clamar: acuérdate de las promesas que me has hecho, para llenarme de esperanza; esto me consuela en mi nada, y llena mi vivir de fortaleza (cfr. Ps CXVIII, 49-50). Nuestro Señor quiere que contemos con El, para todo: vemos con evidencia que sin El nada podemos (cfr. Ioh XV,5), y que con El podemos todas las cosas (cfr. Phil IV,13). Se confirma nuestra decisión de andar siempre en su presencia (cfr. Ps CXVIII,168).

»Con la claridad de Dios en el entendimiento, que parece inactivo, nos resulta indudable que, si el Creador cuida de todos —incluso de sus enemigos—, ¡cuánto más cuidará de sus amigos! Nos convencemos de que no hay mal, ni contradicción, que no vengan para bien: así se asientan con más firmeza, en nuestro espíritu, la alegría y la paz, que ningún motivo humano podrá arrancarnos, porque estas *visitaciones* siempre nos dejan algo suyo, algo divino. Alabaremos al Señor Dios Nuestro, que ha efectuado en nosotros obras admirables (cfr. Iob V,9), y comprenderemos que hemos sido creados con capacidad para poseer un infinito tesoro (cfr. Sap VII,14)» [70].

No me he resistido a la tentación de transcribir esta exégesis vibrante del texto de San Pablo como una muestra, entre mil, de esa *connaturalidad* con la Sagrada Escritura de la que hemos hablado antes. No podemos detenernos en hacer un análisis, sino que dejamos al lector que saque él mismo sus apreciaciones. Es bien patente, de todos modos, que Mons. Escrivá de Balaguer, en plena sintonía con los Padres de la Iglesia, se nos presenta como un maestro de la interpretación de la Sagrada Escritura. Me parece de justicia decir que fue Mons. Escrivá de Balaguer quien, después de haber sembrado en mí el gusto y el amor por la Sagrada Escritura —con sus comentarios orales y a través de su predicación viva—, me alentó hacia los estudios bíblicos; me hizo amar la Palabra de Dios escrita y me orientó con mano segura en su estudio. El lector me sabrá perdonar esta alusión personal, que tiene una historia bien concreta.

2. *La Santa Cruz en las adversidades*

La contemplación de la Cruz del Señor da a las adversidades de la existencia humana sus proporciones verdaderas y reales, así como su

70. *Amigos de Dios*, nn. 304-305.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

valor corredentor. Es poco, muy poco, lo que el hombre puede ofrecer a Dios en correspondencia con la Cruz de Cristo. La consecuencia es clara: no rehuir el dolor, no dramatizar las contrariedades que podamos tener en esta vida, sino acudir inmediatamente, como por un instinto sobrenatural, a buscar ayuda y refugio en Dios:

«Y cuando nos acecha —violenta— la tentación del desánimo, de los contrastes, de la lucha, de la tribulación, de una nueva noche en el alma, nos pone el salmista en los labios y en la inteligencia aquellas palabras: *con El estoy en el tiempo de la adversidad* (Ps XC,15). ¿Qué vale, Jesús, ante tu Cruz, la mía; ante tus heridas mis rasguños? ¿Qué vale, ante tu Amor inmenso, puro e infinito, esta pobrecita pesadumbre que has cargado Tú sobre mis espaldas? Y los corazones vuestros, y el mío, se llenan de una santa avidez, confesándole —con obras— *que morimos de Amor* (cfr. Cant V,8)» [71].

Muy duros fueron los primeros años tras la fundación del Opus Dei. El Señor quería forjar su instrumento *haciéndole participar de su dulce Cruz*. Pero la contemplación de la Cruz de Cristo hacía llevadera la cruz de aquel sacerdote joven. Así aprendió Mons. Escrivá de Balaguer a seguir a Jesús y, sin tener la sensación de víctima —¡cuántas veces dijo que *la Víctima es sólo Cristo*!—, se disponía humildemente a ser enclavado en la Cruz, a imitación del Maestro:

«Cuando veas una pobre Cruz de palo, sola, despreciable y sin valor... y sin Crucifijo, no olvides que esa Cruz es tu Cruz: la de cada día, la escondida, sin brillo y sin consuelo..., que está esperando el Crucifijo que le falta: y ese Crucifijo has de ser tú» [72].

En verdad, ante los padecimientos del Hijo de Dios por nosotros, ¡qué poco es lo que nosotros podemos padecer por El! Y, además, nosotros hemos ofendido a Dios y merecíamos un castigo eterno; en cambio, Cristo es inocente. Mons. Escrivá de Balaguer sentía muy hondamente el misterio de la Redención obrada por Nuestro Señor. Por eso quitaba y enseñaba a quitar importancia a los propios sufrimientos:

«Cristo ha muerto por ti. —Tú... ¿qué debes hacer por Cristo?» [73].

La lucha ascética por llevar una intensa y auténtica vida cristiana y, sobre todo, la gracia divina empujan a ser generoso en el dolor, sin aspavientos, de manera sonriente. De mucha importancia para el que quiere vivir con todas sus consecuencias la existencia cristiana es que no haya gestos grandilocuentes en su sacrificio, que lleve una vida mortificada sin alardes —«que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu derecha» (Mt VI,3)—. Es la doctrina evangélica vivida a diario y aplicada a la vida ordinaria del cristiano.

71. *Amigos de Dios*, n. 310.
72. *Camino*, n. 178; *Consideraciones*, p. 20.
73. *Camino*, n. 299.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

«El mundo admira solamente el sacrificio con espectáculo, porque ignora el valor del sacrificio escondido y silencioso» [74].

La razón estriba en que, para andar el camino hacia la santidad, es imprescindible el sacrificio, la mortificación, pues la existencia cristiana es una vida penitente:

«Te veo, caballero cristiano —dices que lo eres—, besando una imagen, mascullando una oración vocal, clamando contra los que atacan a la Iglesia de Dios..., y hasta frecuentando los Santos Sacramentos.

»Pero no te veo hacer un sacrificio, ni prescindir de ciertas conversaciones... mundanas (podría, con razón, aplicarles otro calificativo), ni ser generoso con los de abajo... ¡ni con esa Iglesia de Cristo!, ni soportar una flaqueza de tu hermano, ni abatir tu soberbia por el bien común, ni deshacerte de tu firme envoltura de egoísmo, ni... ¡tantas cosas más!

»Te veo... —No te veo... —Y tú... ¿dices que eres caballero cristiano? —¡Qué pobre concepto tienes de Cristo!» [75].

Un punto de *Camino* —que encabezaba ya el capítulo sobre «Mortificación» en *Consideraciones Espirituales*— resume en muy pocas palabras toda una profunda experiencia espiritual:

«Si no eres mortificado nunca serás alma de oración» [76].

3. *La mortificación pasiva*

Nuestro Padre Dios, en su Providencia, nos va llevando por la tierra camino del Cielo y aprovecha nuestras miserias, hasta nuestras caídas, para purificarnos, para forjar nuestro temple, conformándonos con su Hijo Jesucristo. No nos deja sólo a merced de nuestras miopes iniciativas, sino que, al hilo de nuestra vida misma, va ofreciéndonos una continua mortificación, que para nosotros es pasiva. Esta mortificación no buscada, pero aceptada con fe, agradecimiento y buena cara, es inestimable en la vida interior —y hasta exterior— del cristiano. Algunos de los puntos ya transcritos de *Camino* y de *Consideraciones Espirituales* miran directamente a tal aprovechamiento de la mortificación pasiva. Tanto en los escritos como en la predicación oral del Fundador del Opus Dei, el tema adquiría singular riqueza y amplitud:

«Chocas con el carácter de aquél o del otro... Necesariamente ha de ser así: no eres moneda de cinco duros que a todos gusta.

»Además, sin esos choques que se producen al tratar al prójimo, ¿cómo irías perdiendo las puntas, aristas y salientes —imperfecciones,

74. *Camino*, n. 185; *Consideraciones*, p. 21.
75. *Camino*, n. 683.
76. *Camino*, n. 172; *Consideraciones*, p. 19.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

defectos– de tu genio para adquirir la forma reglada, bruñida y reciamente suave de la caridad, de la perfección?

»Si tu carácter y los caracteres de quienes contigo conviven fueran dulzones y tiernos como merengues, no te santificarías» [77].

Y, junto al punto anterior, tan concreto, este otro de horizonte amplísimo:

«Yo te voy a decir cuáles son los tesoros del hombre en la tierra para que no los desperdicies: hambre, sed, calor, frío, dolor, deshonra, pobreza, soledad, traición, calumnia, cárcel...» [78].

A todos nos va forjando el Señor, como un padre consciente educa y prepara a sus hijos para la vida, mezclando premios y castigos. De este plano, tan sencillo de decir, partía la enseñanza acerca del aprovechamiento, en la fe, de la mortificación pasiva. Pero Dios es un Padre amoroso, que no nos prueba más allá de lo que, con su gracia, nos puede hacer merecer.

«Así esculpe Jesús las almas de los suyos, sin dejar de darles interiormente serenidad y gozo, porque entienden muy bien que –con cien mentiras juntas– los demonios no son capaces de hacer una verdad: y graba en sus vidas el convencimiento de que sólo se encontrarán cómodos, cuando se decidan a no serlo» [79].

Tenía, pues, Mons. Escrivá de Balaguer una visión de fe, sobrenaturalizada, de los acontecimientos cómodos o incómodos de la vida: veía en todo la paternal Providencia divina, y se refugiaba en Dios ante lo que solemos llamar adversidades, con una espontaneidad y serenidad que vencían toda reacción natural de ánimo menos controlado. Muchos han sido testigos de lo que expresó en una ocasión con frase exacta: «Yo no he tenido que aprender a perdonar, porque el Señor me ha enseñado a querer» [80].

4. *Las Llagas de Cristo*

En varias ocasiones Mons. Escrivá de Balaguer dejó traslucir algo verdaderamente profundo de su vida ascética y mística: el refugio en las llagas de Cristo:

«Al admirar y al amar de veras la Humanidad Santísima de Jesús, descubriremos una a una sus Llagas. Y en esos tiempos de purgación pasiva, penosos, fuertes, de lágrimas dulces y amargas que procuramos esconder, necesitaremos meternos dentro de cada una de aquellas San-

77. *Camino*, n. 20; *Consideraciones*, pp. 8-9.
78. *Camino*, n. 194.
79. *Amigos de Dios*, n. 301.
80. Citado por J. ECHEVARRÍA, *Mons. Escrivá de Balaguer, un corazón que sabía amar*, Cuadernos MC, n. 7, p. 35.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

tísimas Heridas: para purificarnos, para gozarnos con esa Sangre redentora, para fortalecernos. Acudiremos como las palomas que, al decir de la Escritura (cfr. Cant II, 14), se cobijan en los agujeros de las rocas a la hora de la tempestad. Nos ocultamos en ese refugio, para hallar la intimidad de Cristo: y veremos que su modo de conversar es apacible y su rostro hermoso (cfr. Cant II, 14)» [81].

Desde los primeros años de su sacerdocio, sus escritos entreabren, con pudor y sincera humildad, una riquísima vida interior, fruto de especiales favores divinos.

Un primer texto de *Consideraciones Espirituales*, reproducido en *Camino*, trata del hallazgo de un refugio de gozo y paz tras la unión intensísima con los dolores de Cristo en la Cruz:

«No estorbes la obra del Paráclito: únete a Cristo, para purificarte, y siente, con El, los insultos, y los salivazos, y los bofetones..., y las espinas, y el peso de la cruz..., y los hierros rompiendo tu carne, y las ansias de una muerte en desamparo...

»Y métete en el costado abierto de Nuestro Señor Jesús hasta hallar cobijo seguro en su llagado Corazón» [82].

Otro punto de *Consideraciones Espirituales* y de *Camino* nos abre al mismo horizonte. La participación de los dolores de Cristo en la Cruz enseña al alma, de manera intensa y con luminosa claridad, la vía de la mortificación de los sentidos, el crecimiento en la vida interior y la necesidad de la penitencia por los propios pecados y por las faltas de los demás. Oración, penitencia y mortificación, bien intensas, dentro del marco de la unión con Cristo y con su Santísima Madre y Madre nuestra, son los frutos de la participación gustosa en los dolores de Cristo en la Cruz:

«Métete en las llagas de Cristo Crucificado.

Allí aprenderás a guardar tus sentidos, tendrás vida interior, y ofrecerás al Padre de continuo los dolores del Señor y los de María, para pagar por tus deudas y por todas las deudas de los hombres» [83].

En otros escritos, sin alusión expresa a las llagas de Cristo, parece subyacer la enseñanza y el recuerdo de esa experiencia. Se habla en ellos de unirse a la Pasión y a la Muerte de Jesús, o bien, se explica que el misterio de la Cruz se prolonga en nuestras almas, de modo que el cristiano *está obligado* a ser otro Cristo, el mismo Cristo:

«En la tragedia de la Pasión se consuma nuestra propia vida y la entera historia humana» [84].

En todo caso, de la enseñanza de las llagas de Cristo se desprenden

81. *Amigos de Dios*, n. 302.
82. *Camino*, n. 58; *Consideraciones*, pp. 11-12.
83. *Camino*, n. 288; *Consideraciones*, p. 32.
84. *Es Cristo que pasa*, n. 96.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

claramente dos conclusiones: primero, se trata de una unión con El en los dolores de su Pasión y Muerte; es un *morir con Cristo* [85], sintiendo los dolores de su Pasión, en compañía de la Virgen Dolorosa al pie de la Cruz; y, después de *morir con Cristo*, un pregusto de la Resurrección gloriosa, cobijados en las santas heridas de las manos y del costado de Jesús.

«¡Verdaderamente es amable la Santa Humanidad de nuestro Dios! —Te "metiste" en la Llaga santísima de la mano derecha de tu Señor, y me preguntaste: "Si una Herida de Cristo limpia, sana, aquieta, fortalece y enciende y enamora, ¿qué no harán las cinco, abiertas en el madero?"» [86].

Este texto parece aludir a uno de los aspectos del sentido de la ascética de las *Llagas:* es el retorno continuo a la Santísima Humanidad de Cristo para buscar apoyo y refugio frente a las debilidades de nuestra condición humana. Nos enseña la Teología que la gracia no destruye la naturaleza, sino que la sana, eleva y perfecciona, pero no la cambia. Seguimos siendo hombres, seguimos sintiendo, después de recibir la gracia, las mismas o parecidas necesidades, sensaciones, apetitos: seguimos teniendo hambre y sed y necesidad de comer y beber; sentimos los cambios de temperatura y el frío o el calor; continuamos con los mismos ingredientes de nuestra constitución física, sensibilidad, etc., aunque mejor dominados por la razón y la voluntad, auxiliadas por la gracia divina. Por eso la Teología habla de que la gracia es un accidente, empleando nociones precisas de la Metafísica perenne. Entonces, bien lejos de falsos espiritualismos y misticismos, seguimos siendo criaturas necesitadas, necesitadas siempre de la ayuda de Dios. La enseñanza de veinte siglos de vida de la Iglesia, el don divino de la gracia, la propia lucha ascética, hacen que el sentido de la personal indignidad lleve no al apartamiento de Cristo —como San Pedro principiante: «Apártate de mí, Señor, porque soy un hombre pecador» (Lc V, 8)—, sino, precisamente, a lo contrario, a la búsqueda de Cristo en la humildad y confianza:

«Si queréis aprender de la experiencia de un pobre sacerdote que no pretende hablar más que de Dios, os aconsejaré que cuando la carne intente recobrar sus fueros perdidos o la soberbia —que es peor— se rebele y se encabrite, os precipitéis a cobijaros en esas divinas hendiduras que, en el Cuerpo de Cristo, abrieron los clavos que le sujetaron a la Cruz, y la lanza que atravesó su pecho. Id como más os conmueva: descargad en las Llagas del Señor todo ese amor humano... y ese amor divino. Que esto es apetecer la unión, sentirse hermano de Cristo, con-

85. Cfr. 2 Tim II,11; 2 Cor VII,3; Col III,3, etc.
86. *Camino*, n. 555.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

sanguíneo suyo, hijo de la misma Madre, porque es Ella la que nos ha llevado hasta Jesús» [87].

La búsqueda del refugio en la Humanidad Santísima del Salvador no debe postergarse para más tarde, para cuando el alma esté ya experta en la lucha ascética. Por el contrario, la sencillez de corazón puede y debe acortar tiempos, de modo que pronto, cuanto antes, acuda para todas sus necesidades a Cristo Jesús. La vía de la oración, de la contemplación, no debe retrasarse en la existencia del cristiano, como si fuera algo exclusivo de unos pocos. Rezar sencillamente y contemplar pertenecen a la existencia normal cristiana:

«Habíamos empezado con plegarias vocales, sencillas, encantadoras, que aprendimos en nuestra niñez y que no nos gustaría abandonar nunca. La oración, que comenzó con esa ingenuidad pueril, se desarrolla ahora en cauce ancho, manso y seguro, porque sigue el paso de la amistad con Aquel que afirmó: *Yo soy el camino* (Ioh XIV,6). Si amamos a Cristo así, si con divino atrevimiento nos refugiamos en la abertura que la lanza dejó en su Costado, se cumplirá la promesa del Maestro: *cualquiera que me ama, observará mi doctrina; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él* (Ioh XIV,23)» [88].

Probablemente el esbozo que he hecho de la mística de las Llagas de Cristo ha calado muy poco en las profundidades del alma del Fundador del Opus Dei. Seguramente lo único conseguido haya sido subrayar el tema, llamar la atención sobre un horizonte que se nos pierde en lontananza y que requerirá otros estudios más profundos.

VI. La Trinidad Beatísima

Parece evidente a todas luces decir que la espiritualidad del Fundador del Opus Dei es una espiritualidad bautismal. Cuando se dice que la existencia cristiana *comienza* en el Bautismo, hay que darle a ese verbo su sentido fuerte. Por supuesto, como es sabido, la doctrina sobre el Bautismo pertenece a la Revelación del Nuevo Testamento. En el Evangelio de San Juan y en el epistolario paulino tenemos tales explicaciones, debidas a los mismos autores sagrados, que podría hablarse ya de desarrollos teológicos, haciendo la salvedad de que esos desarrollos son inspirados y, por tanto, pertenecen a la Revelación divina. Lo que es necesario destacar en la doctrina de Mons. Escrivá de Balaguer es la profundidad con que ha entendido y vivido la realidad actuante del Bautismo. A veces, su catequesis sobre la espiritualidad bautismal es concisa, breve, como las siguientes palabras:

87. *Amigos de Dios*, n. 303.
88. *Amigos de Dios*, n. 306.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

«En el bautismo, Nuestro Padre Dios ha tomado posesión de nuestras vidas, nos ha incorporado a la de Cristo y nos ha enviado el Espíritu Santo» [89].

No es fácil encontrar fórmula más precisa y profunda. En el Bautismo, pues, comienza con toda propiedad la vida cristiana, ya está la Trinidad Beatísima inhabitando en el alma; ya hay el germen de la vida contemplativa que puede vivirse desde muy niño, cuando la razón acaba de despuntar [90]. A partir del Bautismo, comienza la acción del Paráclito, que es enviado muchas veces, pero de modo singular en el sacramento de la Confirmación. A la acción del Paráclito y al trato con El, Mons. Escrivá de Balaguer dedicó una homilía entera, *El Gran Desconocido*, pronunciada en Pentecostés de 1969, e incluida en *Es Cristo que pasa* [91]. A modo de ejemplo, podríamos elegir algunos textos; pero en todos pueden aprenderse hondas conexiones de los diversos elementos que configuran la existencia cristiana:

«La efusión del Espíritu Santo, al cristificarnos, nos lleva a que nos reconozcamos hijos de Dios. El Paráclito, que es caridad, nos enseña a fundir con esa virtud toda nuestra vida; y *consummati in unum* (Ioh XVII, 23), hechos una sola cosa con Cristo, podemos ser entre los hombres lo que San Agustín afirma de la Eucaristía: *signo de unidad, vínculo del Amor* (*In Ioannis Evangelium tractatus*, 26,13: PL 35,1613)» [92].

No es mi intento extenderme más en el tema de la espiritualidad bautismal. Lo he traído a colación porque me parecía conveniente para introducirnos en otro aspecto fundamental de la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer acerca de la existencia cristiana. Me refiero al dogma trinitario que, en la vida y predicación del Fundador del Opus Dei, es sentido y explicado no sólo como el dogma fundamental de la fe, sino como la realidad base, operante y actual del cristiano, realidad altísima y cercanísima a la vez, íntima al alma, de la cual vive ésta y a la cual tiende, por la cual tiene sentido la vida toda. En otras palabras, lo que me parece debe subrayarse no es tanto la confesión del dogma de la Trinidad, sino que éste es sentido como realidad palpitante, como vida de las tres divinas Personas en el alma:

«Por Cristo y en el Espíritu Santo, el cristiano tiene acceso a la intimidad de Dios Padre, y recorre su camino buscando ese reino, que no es de este mundo, pero que en este mundo se incoa y prepara» [93].

89. *Es Cristo que pasa*, n. 128.
90. Véase supra la anécdota del niño argentino de cinco años y la exclamación de Mons. Escrivá de Balaguer: *Eso es vida contemplativa.*
91. Nn. 127-138.
92. *Es Cristo que pasa*, n. 87.
93. *Es Cristo que pasa*, n. 116.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Asentada, pues, por el Bautismo el alma en la gracia y confortada por la vida sacramental, se hace posible para el cristiano el trato con Dios en la oración, acompañada de la penitencia, y sin salir de su sitio, sin abandonar su trabajo, su función en una familia y en la sociedad. Por ese camino, la contemplación debe alcanzar, cada vez, niveles más altos, hasta la intimidad con las Personas divinas:

«El corazón necesita, entonces, distinguir y adorar a cada una de las Personas divinas. De algún modo, es un descubrimiento, el que realiza el alma en la vida sobrenatural, como los de una criaturica que va abriendo los ojos a la existencia. Y se entretiene amorosamente con el Padre y con el Hijo y con el Espíritu Santo; y se somete fácilmente a la actividad del Paráclito vivificador, que se nos entrega sin merecerlo: ¡los dones y las virtudes sobrenaturales!» [94].

Al leer este párrafo hay que tener en cuenta la absoluta sinceridad con que Mons. Escrivá de Balaguer hablaba siempre y la exactitud que daba a sus palabras, pues tenía el don de encontrar fácilmente la palabra que expresara con fidelidad su pensamiento. Así, pues, cuando más arriba dice que *el corazón necesita, entonces, distinguir y adorar a cada una de las Personas divinas*, no está repitiendo una noción teológica bien aprendida en los libros; está expresando su propio camino espiritual (¡eso sí!, ha discernido si es recto y auténtico al confrontarlo con la buena Teología). El trato íntimo de Mons. Escrivá de Balaguer con Dios *necesita*, porque es verdadera vida interior, no sumergirse en una contemplación, digamos filosófica y abstracta, sino en el trato con el Dios Personal, esto es, con cada una de las Personas divinas. Así surge la *necesidad*, realmente sentida, del trato *personal* con Dios, por ser una realidad sobrenatural en el alma. Pero aun en ese momento, sigue gravitando el sentido de la realidad, que es humildad: el alma, dócil a la gracia —pero sin que ella pueda nada por sí sola—, va haciendo descubrimientos *como los de una criaturica que va abriendo los ojos a la existencia.*

VII. Contemplativos en medio del mundo

El trato con las Personas divinas da el fruto de la paz del alma, sin que por eso se oscurezca la conciencia de la propia miseria. Pero hay paz, junto con exigencias, porque si el trato con un amigo íntimo nos produce descanso, relajación de las tensiones y confortamiento, cuánto más será el sentirse intensamente unido con Dios Uno y Trino, el poder tener con El una comunicación personal e íntima. Pero muy peculiar en la vida y en la enseñanza del Fundador del Opus Dei es que ese trato

94. *Amigos de Dios*, n. 306.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

puede y debe mantenerse a lo largo del día, en medio de las ocupaciones ordinarias de cada jornada, en el ajetreo por las calles de la gran ciudad o en los ratos de descanso:

«Hemos corrido *como el ciervo, que ansía las fuentes de las aguas* (Ps XLI,2); con sed, rota la boca, con sequedad. Queremos beber en ese manantial de agua viva. Sin rarezas, a lo largo del día nos movemos en ese abundante y claro venero de frescas linfas que saltan hasta la vida eterna (cfr. Ioh IV,14). Sobran las palabras, porque la lengua no logra expresarse; ya el entendimiento se aquieta. No se discurre, ¡se mira! Y el alma rompe otra vez a cantar con cantar nuevo, porque se siente y se sabe también mirada amorosamente por Dios, a todas horas» [95].

Quienes han convivido con Mons. Escrivá de Balaguer son testigos de tal espíritu de oración, de tal continua contemplación en medio de un trabajo agotador: predicación, dirección de almas una a una, gobierno pastoral del Opus Dei siempre en crecimiento, solicitud por la vida de toda la Iglesia, atención a numerosas visitas, etc. Mons. Escrivá de Balaguer multiplicaba su tiempo viviendo un orden riguroso y elástico a la vez, y siempre hablando de Dios, porque lo tenía presente en su corazón y en su mente. Para el Fundador del Opus Dei cualquier tipo de trabajo y aun de descanso era lo mismo, se reducía a lo mismo: hablar con Dios y hablar de Dios. Y esta vida suya es la que enseñaba. En los comienzos, cuando era joven, a los estudiantes que le rodeaban —aparte de los enfermos de los hospitales de Madrid y de los pobres de las barriadas más humildes— les había dejado escrito:

«Una hora de estudio, para un apóstol moderno, es una hora de oración» [96].

Bien entendido que el estudio se debe hacer en presencia de Dios, por Jesucristo y para Jesucristo, en bien de las almas y de la sociedad. Insistirá incansablemente en que el cristiano no tiene necesidad de hacer rarezas ni pretender un abandono de sus deberes profesionales, familiares, sociales, etc., para buscar y encontrar a Dios.

«*Me alzaré y rodearé la ciudad: por las calles y las plazas buscaré al que amo...* (Cant III,2). Y no sólo la ciudad: correré de una parte a otra del mundo —por todas las naciones, por todos los pueblos, por senderos y trochas— para alcanzar la paz de mi alma. Y la descubro en las ocupaciones diarias, que no me son estorbo; que son —al contrario— vereda y motivo para amar más y más, y más y más unirme a Dios» [97].

El lector me perdonará si le relato un detalle, entre miles posibles,

95. *Amigos de Dios*, n. 307.
96. *Camino*, n. 335; *Consideraciones*, p. 34.
97. *Amigos de Dios*, n. 310.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

pero significativo del trabajo abrumador del Fundador del Opus Dei. A veces un pequeño episodio puede dar más luz que largas reflexiones, por tener la claridad de lo inmediato y concreto.

A finales de noviembre de 1972 estuve en Roma con ocasión de un Congreso. Mons. Escrivá de Balaguer se encontraba por aquellas fechas por la Península Ibérica, en la última etapa de dos meses seguidos de intensa predicación, en los que, en continuas entrevistas, recepciones a grupos, a veces de miles de personas, y otras diversas intervenciones habló incesantemente de Dios y de las cosas del alma a más de ciento cincuenta mil personas. Hacia el 30 de noviembre regresó a Roma, y yo acababa mis trabajos en el mencionado Congreso. Aún debía quedarme uno o dos días para otras gestiones académicas. Esto me permitió verle, me parece que el día primero de diciembre.

La verdad es que yo pensaba que Mons. Escrivá de Balaguer debía estar agotado después de dos meses de incesante predicación cada día. Mi asombro fue encontrarlo en plena actividad. Me recibió durante unos veinte minutos, y me atendió con todo cariño, preguntándome y dándome consejos relativos a mi trabajo, a la marcha de mi alma, al provecho espiritual de las personas con quienes trato, etc. Mientras tanto le llevaron algunos papeles, que leyó y sobre los que hizo observaciones, y llamó a dos de sus colaboradores para encargarles algunas notas.

Me dijo luego que tenía una reunión, de unos veinte minutos. Que si llevaba el Breviario o algo para aprovechar aquel tiempo, que le esperara y después estaría conmigo otro rato. Así fue exactamente. Me volvió a recibir otro tiempo parecido al anterior y con similares características. Por supuesto quedé edificado: había pensado que Monseñor Escrivá de Balaguer tomaría algunos días de descanso antes de reemprender su trabajo habitual. La realidad era todo lo contrario. No sólo no había disminuido su actividad, sino que parecía que aquellos dos meses de catequesis incesante hubiesen sido de descanso. Pensé en su esfuerzo heroico y me he acordado vivamente desde entonces de esa tarea sin tregua, cuantas veces la fatiga me ha tentado a remitir en el ritmo del trabajo: sólo un Amor de Dios y a las almas muy grande, puede hacer superar el cansancio natural de un trabajo agotador como el suyo, sin parar ni un día, durante tantos años seguidos.

Mons. Escrivá de Balaguer llevó, pues, una vida de oración y de mortificación intensas, continuas y una paralela actividad apostólica que no se permitía pausa. El testigo más autorizado de su vida, Don Alvaro del Portillo, nos da un testimonio del mayor interés a este respecto:

«De esta firmísima persuasión (de su vocación divina), brotaba la fidelidad a una continua e infatigable dedicación a la labor apostólica (...). Con muchísima frecuencia, cuando el Padre era más joven, le he oído decir que sus hijas y sus hijos debíamos descansar. Se ocupaba de

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

los demás, y no concedía ni la más mínima atención a su persona. A la acción constante de apostolado unía el pensamiento permanente sobre lo que el Señor le pedía, buscando cauces concretos y modos determinados para ejecutar con exactitud, amorosamente, la Voluntad de Dios. Y tanta intensidad ponía en esta actividad exterior e interior, que con un gesto casi habitual se cogía la cabeza entre las manos, y exclamaba: *me parece como si me fuera a estallar*. Le sugeríamos que era indispensable para todos una pausa en la labor —con una actividad menos exigente—, pero nuestro Padre respondía: *lo haré cuando me digan requiescat in pace*. Después, pasados los años, se refería a aquella reacción suya como a una imprudencia juvenil que sus hijos no debíamos imitar. Pero, de hecho, su pensamiento estaba siempre —entonces como antes— puesto en llevar a cabo la voluntad de Dios, y su reposo consistía en hacer vida suya lo que decía a Dios con esta jaculatoria: *¡Señor, descanso en ti!*» [98].

Mons. Escrivá de Balaguer podía hablar, con autoridad y convencimiento, de contemplación en medio del mundo, porque esa enseñanza no era más que contar su propia vida:

«Vida interior, en primer lugar. ¡Qué pocos entienden todavía esto! Piensan, al oír hablar de vida interior, en la oscuridad del templo, cuando no en los ambientes enrarecidos de algunas sacristías. Llevo más de un cuarto de siglo diciendo que no es eso. Describo la vida interior de cristianos corrientes, que habitualmente se encuentran en plena calle, al aire libre; y que, en la calle, en el trabajo, en la familia y en los ratos de diversión están pendientes de Jesús todo el día. ¿Y qué es esto sino vida de oración continua? ¿No es verdad que tú has visto la necesidad de ser alma de oración, con un trato con Dios que te lleva a *endiosarte*? Esa es la fe cristiana y así lo han comprendido siempre las almas de oración: *se hace Dios aquel hombre,* escribe Clemente de Alejandría, *porque quiere lo mismo que quiere Dios (Paedagogus*, 3, 1, 1, 5: PG 8,556) (...).

»En los ratos dedicados expresamente a ese coloquio con el Señor, el corazón se explaya, la voluntad se fortalece, la inteligencia —ayudada por la gracia— penetra, de realidades sobrenaturales, las realidades humanas. Como fruto, saldrán siempre propósitos claros, prácticos, de mejorar tu conducta, de tratar finamente con caridad a todos los hombres, de emplearte a fondo —con el afán de los buenos deportistas— en esta lucha cristiana de amor y de paz.

»La oración se hace continua, como el latir del corazón, como el pulso. Sin esa presencia de Dios no hay vida contemplativa; y sin vida contemplativa de poco vale trabajar por Cristo, porque en vano

98. A. DEL PORTILLO, *En Memoria,* cit. en nota 2, p. 21.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

se esfuerzan los que construyen, si Dios no sostiene la casa (cfr. Ps CXXVI,1)» [99].

VIII. La vía de la contemplación es para todos

De mil maneras enseñó Mons. Escrivá de Balaguer que el camino de la contemplación de Dios en medio del mundo es para todos los cristianos. Sus escritos son muy claros y precisos al hablar de este tema. Como casi siempre, los textos, aun sacados del marco general en que se escribieron, no necesitan comentario:

«La vida cristiana debe ser vida de oración constante, procurando estar en la presencia del Señor de la mañana a la noche y de la noche a la mañana. El cristiano no es nunca un hombre solitario, puesto que vive en un trato continuo con Dios, que está junto a nosotros y en los cielos (...).

»En medio de las ocupaciones de la jornada, en el momento de vencer la tendencia al egoísmo, al sentir la alegría de la amistad con los otros hombres, en todos esos instantes el cristiano debe reencontrar a Dios» [100].

1. *Fe y vida de fe*

Rarísimas veces —las indispensables— se encuentran en la enseñanza oral o escrita de Mons. Escrivá de Balaguer las palabras *místico* o *mística*. Entiendo que no quería que los cristianos se preocupasen de si están o no andando por una *vía mística*. Pedía que fuesen *almas de oración, ¡que recéis!* —repetía tantas veces—, que se ejercitasen en la presencia de Dios en medio de las ocupaciones normales, que tuvieran fe y fuesen consecuentes con esa fe a la hora de actuar en cualquier actividad, desde cerrar una puerta con cuidado, con amor de Dios, hasta pronunciar un discurso en una ocasión solemne. Para el Fundador del Opus Dei ambas cosas valían igual, mejor dicho, vale más aquella que ha sido hecha con mejor rectitud de intención y mayor amor de Dios. Así, después de describir un aspecto de la vida de oración, que tiene todos los visos de ser un retazo de su experiencia cotidiana, añade:

«¿Ascética? ¿Mística? No me preocupa. Sea lo que fuere, ascética o mística, ¿qué importa?: es merced de Dios. Si tú procuras meditar, el Señor no te negará su asistencia. Fe y hechos de fe: hechos, porque el

99. *Es Cristo que pasa*, n. 8.
100. *Es Cristo que pasa*, n. 116.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Señor —lo has comprobado desde el principio, y te lo subrayé a su tiempo— es cada día más exigente. Eso es ya contemplación y es unión: ésta ha de ser la vida de muchos cristianos, cada uno yendo adelante por su propia vía espiritual —son infinitas—, en medio de los afanes del mundo, aunque ni siquiera hayan caído en la cuenta» [101].

Quería para todos una vida de oración sencilla y honda. Puede ser ilustrativo mencionar ahora su devoción por San José, verdadero modelo, auténtico Maestro de la vida interior: nadie como *nuestro Padre y Señor San José* —así le llamaba muchas veces— ha sabido tratar y amar a Jesús y a María: con un trato íntimo, con naturalidad, San José estaba todo el día pendiente de su Santísima Esposa y del Niño. No es aquí el lugar de sintetizar los fundamentos de la piedad cristiana acerca de la devoción a San José, ni tampoco recordar la función de San José en la historia de la salvación. Me importa ahora subrayar el modo tan intenso como esas verdades eran vividas por el Fundador del Opus Dei. Parte de sus enseñanzas pueden encontrarse en su homilía *En el taller de José* [102]:

«San José es realmente Padre y Señor, que protege y acompaña en su camino terreno a quienes le veneran, como protegió y acompañó a Jesús mientras crecía y se hacía hombre. Tratándole se descubre que el Santo Patriarca es, además, Maestro de vida interior: porque nos enseña a conocer a Jesús, a convivir con El, a sabernos parte de la familia de Dios. San José nos da esas lecciones siendo, como fue, un hombre corriente, un padre de familia, un trabajador que se ganaba la vida con el esfuerzo de sus manos» [103].

Dentro de este marco general de lo que fue San José, puede entenderse bien la gran fuerza con que Mons. Escrivá de Balaguer lo tenía como modelo y Maestro de la vida interior. Un párrafo de sus escritos puede resumirnos, con sus propias palabras, esta enseñanza:

«Para San José, la vida de Jesús fue un continuo descubrimiento de la propia vocación. Recordábamos antes aquellos primeros años llenos de circunstancias en aparente contraste: glorificación y huida, majestuosidad de los Magos y pobreza del portal, canto de los Angeles y silencio de los hombres. Cuando llega el momento de presentar al Niño en el Templo, José, que lleva la ofrenda modesta de un par de tórtolas, ve cómo Simeón y Ana proclaman que Jesús es el Mesías. *Su padre y su madre escuchaban con admiración* (Lc II,33), dice San Lucas. Más tarde, cuando el Niño se queda en el Templo sin que María y José lo sepan, al encontrarlo de nuevo después de tres días de búsqueda, el mismo evangelista narra que *se maravillaron* (Lc II,48).

101. *Amigos de Dios*, n. 308.

102. Pronunciada el 19-III-1963, e incluida en el volumen *Es Cristo que pasa*, nn. 39-56.

103. *Es Cristo que pasa*, n. 39.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

»José se sorprende, José se admira. Dios le va revelando sus designios y él se esfuerza por entenderlos. Como toda alma que quiera seguir de cerca a Jesús, descubre en seguida que no es posible andar con paso cansino, que no cabe la rutina. Porque Dios no se conforma con la estabilidad en un nivel conseguido, con el descanso en lo que ya se tiene. Dios exige continuamente más, y sus caminos no son nuestros humanos caminos. San José, como ningún hombre antes o después de él, ha aprendido de Jesús a estar atento para reconocer las maravillas de Dios, a tener el alma y el corazón abiertos» [104].

Nada, pues, de interés especial por fenómenos extraordinarios en la vida interior: ésta es un trato sencillo y continuo con Dios a lo largo del día, en medio de cualquier actividad, con la naturalidad con que San José, nuestro modelo, trataba a Jesús y a la Virgen.

Pero hay que reconocer que para llevar una vida interior así, una vida de contemplación en medio de las ocupaciones ordinarias de cristiano corriente, en el mundo, se necesita una vida de fe, un vivir *de* la fe, un vivir *por* la fe, un vivir *en* la fe. El ejercicio práctico de tal vida de fe es la mejor exégesis de las referencias paulinas al texto profético *iustus ex fide vivit* [105], a las que Mons. Escrivá de Balaguer aludió y comentó en multitud de ocasiones.

La fe cristiana, así entendida y vivida, es *operativa*, conduce a la reforma de la propia vida, exigiéndonos una continua rectificación de conducta, un mejoramiento de nuestro modo de ser y de actuar en los sucesos corrientes de la jornada y en el trato con quienes nos rodean:

«No pensemos que valdrá de algo nuestra aparente virtud de santos, si no va unida a las corrientes virtudes de cristianos.

»—Esto sería adornarse con espléndidas joyas sobre los paños menores» [106].

La operatividad de la fe no está tomada con parsimonia. Mons. Escrivá de Balaguer la sentía y enseñaba en unos modos y términos que nos recuerdan, de algún modo, a los del profeta Jeremías [107]:

«Te lo dice San Pablo, alma de apóstol: "Justus ex fide vivit." —El justo vive de la fe.

»—¿Qué haces que dejas que se apague ese fuego?» [108].

Vida de fe es una expresión frecuente en la predicación y en los escritos de Mons. Escrivá de Balaguer. La fe, insistimos, está no sólo en el principio del ser cristiano, sino de su actuar. Sin fe nada tendría sentido en la existencia cristiana, ya sea considerada en su totalidad, ya sea en el actuar grande o pequeño de cada día, de cada acción. La fe es

104. *Es Cristo que pasa*, n. 54.
105. Cfr. Rom I,17; Gal III,11; Heb X,38; cfr. etiam Hab II,4.
106. *Camino*, n. 409; *Consideraciones*, p. 41.
107. Cfr. Ier XX,9.
108. *Camino*, n. 578.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

también una exigencia, cada vez más honda, más abarcadora. Y esa vida de fe no es algo que deba considerarse raro o extraordinario.

La *vida de fe* pertenece, debe pertenecer, a la normal existencia cristiana, y abarca todos sus aspectos imaginables, desde las más grandes decisiones de la vida, hasta las menudencias del acontecer cotidiano. Quienes han sido testigos de cómo Mons. Escrivá de Balaguer se conducía diariamente, podrán proclamar la autenticidad y realidad de esa enseñanza suya insistente. Pero aun los que no lo han conocido personalmente pueden apreciar la maravillosa espontaneidad con que hablaba y se movía en esa *vida de fe*. He aquí uno de tantos párrafos de sus escritos, en que la explica:

«Es preciso convencerse de que Dios está junto a nosotros de continuo. —Vivimos como si el Señor estuviera allá lejos, donde brillan las estrellas, y no consideramos que también está siempre a nuestro lado.

»Y está como un Padre amoroso —a cada uno de nosotros nos quiere más que todas las madres del mundo pueden querer a sus hijos—, ayudándonos, inspirándonos, bendiciendo... y perdonando (...).

»Preciso es que nos empapemos, que nos saturemos de que Padre y muy Padre nuestro es el Señor que está junto a nosotros y en los cielos» [109].

No sólo la fe ha de vivirse siempre y debe informar las grandes y las pequeñas opciones, sino que se manifiesta de ordinario en el modo de enfrentarse con los deberes de cada día. Si el cristiano no se da cuenta de esto, no es verosímil que tenga una verdadera vida de fe:

«Luego, fe, fe sobrenatural. Cuando la fe flojea, el hombre tiende a figurarse a Dios como si estuviera lejano, sin que apenas se preocupe de sus hijos. Piensa en la religión como en algo yuxtapuesto, para cuando no queda otro remedio; espera, no se explica con qué fundamento, manifestaciones aparatosas, sucesos insólitos. Cuando la fe vibra en el alma, se descubre, en cambio, que los pasos del cristiano no se separan de la misma vida humana corriente y habitual. Y que esta santidad grande, que Dios nos reclama, se encierra aquí y ahora, en las cosas pequeñas de cada jornada» [110].

2. *Vida de fe: vocación*

La fe es un don de Dios. Esta verdad fue repetida, saboreada por Mons. Escrivá de Balaguer, hasta constituir objeto de una homilía [111].

109. *Camino*, n. 267; *Consideraciones*, pp. 28-29.

110. *Amigos de Dios*, n. 312.

111. La homilía lleva el título de *Vida de fe*; pronunciada el 12-X-1947, fue publicada en Madrid, primera ed. abril 1973, en «Folletos Mundo Cristiano», n. 162, e incluida en *Amigos de Dios*, nn. 190-204.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Y en el ámbito de la fe, implicada en ella, está la llamada de Dios a cada alma, porque cada cristiano ha sido llamado por Dios. Esa vocación divina lleva consigo un cúmulo de gracias de Dios, capaz de hacer al hombre bienaventurado para siempre, si corresponde libremente. Fe y vocación personal a la santidad cristiana hacían brotar en el alma de Mons. Escrivá de Balaguer un profundo agradecimiento y un sentido no menos hondo de la responsabilidad y de la confianza en Dios. Todo se unía en un sentimiento reflejo a la vez que sencillo.

«Repasad con calma aquella divina advertencia, que llena el alma de inquietud y, al mismo tiempo, le trae sabores de panal y de miel: *redemi te, et vocavi te nomine tuo: meus es tu* (Is XLIII,1); te he redimido y te he llamado por tu nombre: ¡eres mío! No robemos a Dios lo que es suyo. Un dios que nos ha amado hasta el punto de morir por nosotros, que nos ha escogido desde toda la eternidad, antes de la creación del mundo, para que seamos santos en su presencia (cfr. Eph I,4): y que continuamente nos brinda ocasiones de purificación y de entrega.

»Por si aún tuviésemos alguna duda, recibimos otra prueba de sus labios: *no me habéis elegido vosotros, sino que os he elegido yo, para que vayáis lejos, y deis fruto; y permanezca abundante ese fruto* de vuestro trabajo de almas contemplativas (cfr. Ioh XV,16)» [112].

Cuando Mons. Escrivá de Balaguer habla de vocación lo hace en el mismo ámbito que vemos en San Pablo: no ha de entenderse en el sentido de la vocación religiosa. Normalmente emplea el término vocación para significar que Dios no llama a los hombres y mujeres en masa, sino uno a uno: la llamada divina a la vocación cristiana es personal. Dios, como el buen pastor, ama a cada una de sus ovejas, las conoce y las llama por su nombre (cfr. Ioh X,3). Nuestro Señor, que es Todopoderoso, modela a cada alma primorosamente, no las trabaja en serie y, aunque sea Padre de innumerables hijos, se comporta con cada uno como si no lo tuviera más que a él; tal es el inmenso amor y la omnipotencia de Dios. En correspondencia, cada hombre ha de tener con su Padre Dios una relación personal, y no refugiarse en el anonimato de la masa. Es éste un aspecto muy subrayado en la enseñanza y en la acción pastoral del Fundador del Opus Dei. Por eso podía hablar de vocación cristiana, liberada de toda masificación. Al menos, así es la impresión que yo he percibido de su enseñanza oral y de sus escritos.

IX. Santa Misa

Comentando un texto suyo, el más autorizado intérprete de la vida y de la doctrina del Fundador del Opus Dei, Don Alvaro del Portillo,

112. *Amigos de Dios*, n. 312.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

ha escrito: «La vida cristiana estriba entonces en tratar continuamente a Cristo; y ese trato tiene lugar en la vida diaria, sin apartar a nadie de su sitio. ¿Cómo? Mons. Escrivá de Balaguer lo resume en dos trazos: *por el Pan y la Palabra.*

»El Pan es la Eucaristía. El Fundador del Opus Dei considera la Santa Misa *el centro y la raíz de la vida cristiana.* No es un hecho que pasa, sino realidad sobrenatural y perenne, que empapa todos los momentos del día» [113].

Mons. Escrivá de Balaguer enseñó a poner, de manera práctica, la Santa Misa en el centro del día: cada jornada del cristiano, con su correspondiente noche, se divide como en dos partes: antes y después de la Misa. La primera es una preparación: se piensa en esa próxima Misa de la que se va a participar o celebrar, y hacia ella se van dirigiendo intenciones, esfuerzos por permanecer fieles, pensamientos y afectos, actos de humildad, de fe, esperanza y amor, de fortaleza en las contradicciones... y todo esto se va guardando en el corazón y en la mente para ofrecerlos al Señor, unidos al sacrificio de Cristo en la Cruz perpetuado en la Santa Misa, especialmente al recibirle bajo las especies eucarísticas. La segunda parte es de acción de gracias por tantos beneficios recibidos a lo largo del día, y de modo eminente por habernos concedido recibir a Jesucristo mismo. De este modo práctico, todo el día del cristiano se une, se incorpora a la Santa Misa, se hace como una Misa prolongada, se constituye en *el centro* y *la raíz de la vida cristiana.*

«La Santa Misa nos sitúa de ese modo ante los misterios primordiales de la fe, porque es la donación misma de la Trinidad a la Iglesia. Así se entiende que la Misa sea el centro y la raíz de la vida espiritual del cristiano. Es el fin de todos los sacramentos (cfr. S. Tomás, *S. Th.,* III, q. 65, a.3). En la Misa se encamina hacia su plenitud la vida de la gracia, que fue depositada en nosotros por el Bautismo, y que crece, fortalecida por la Confirmación. *Cuando participamos de la Eucaristía,* escribe San Cirilo de Jerusalén, *experimentamos la espiritualización deificante del Espíritu Santo, que no sólo nos configura con Cristo, como sucede en el bautismo, sino que nos cristifica por entero, asociándonos a la plenitud de Cristo Jesús* (*Catecheses,* 22,3).

»La efusión del Espíritu Santo, al cristificarnos, nos lleva a que nos reconozcamos hijos de Dios. El Paráclito, que es caridad, nos enseña a fundir con esa virtud toda nuestra vida; y *consummati in unum* (Ioh XVII,23), hechos una sola cosa con Cristo, podemos ser entre los hombres lo que San Agustín afirma de la Eucaristía: *signo de unidad, vínculo de Amor* (S. Agustín, *In Ioannis Evangelium tractatus,* 26,13: PL 35,1613)» [114].

113. A. DEL PORTILLO, *Presentación* a *Es Cristo que pasa*, pp. 13-14.
114. *Es Cristo que pasa*, n. 87.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Cuantos le conocieron de cerca pudieron apreciar la gravitación hacia la Santa Misa que tenía cada día la vida del Fundador del Opus Dei. Don Marcelo González, Arzobispo de Toledo y Cardenal Primado de España, ha resumido la vida y enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer acerca de la Santa Misa con estas palabras: «Toda su vida fue como la prolongación de una Misa ininterrumpida que glorificaba al Padre, trataba de obtener el perdón para el pecado mediante la gracia sacramental, y ponía el trabajo profesional y las preocupaciones familiares como una hostia purificada junto al altar. Todo esto es lo que percibí en las conversaciones que tuve con él, y también lo he captado en sus escritos, y lo vengo comprobando en los sacerdotes del Opus Dei que he conocido» [115].

El amor vehemente de Mons. Escrivá de Balaguer a la Santísima Humanidad de Jesucristo, contemplada entrañablemente en las páginas del Evangelio, se traducía en profunda adoración a Jesús Sacramentado, en delicadezas exquisitas en las que suele traducirse el amor sincero, sea humano o divino:

«¡Loco! —Ya te vi —te creías solo en la capilla episcopal— poner en cada cáliz y en cada patena, recién consagrados, un beso: para que se lo encuentre El, cuando por primera vez "baje" a esos vasos eucarísticos» [116].

Los motivos de que Jesús Resucitado hubiera querido quedarse realmente presente entre los hombres, al partir glorioso a la diestra del Padre, los había explicado muchas veces. He aquí cómo los exponía en la homilía del Jueves Santo de 1960:

«Considerad la experiencia, tan humana, de la despedida de dos personas que se quieren. Desearían estar siempre juntas, pero el deber —el que sea— les obliga a alejarse. Su afán sería continuar sin separarse, y no pueden. El amor del hombre, que por grande que sea es limitado, recurre a un símbolo: los que se despiden se cambian un recuerdo, quizá una fotografía (...).

»Lo que nosotros no podemos, lo puede el Señor. Jesucristo, perfecto Dios y perfecto Hombre, no deja un símbolo, sino la realidad: se queda El mismo. Irá al Padre, pero permanecerá con los hombres. No nos legará un simple regalo que nos haga evocar su memoria, una imagen que tienda a desdibujarse con el tiempo (...). Bajo las especies del pan y del vino está El, realmente presente: con su Cuerpo, su Sangre, su Alma y su Divinidad» [117].

El pasaje tiene un carácter catequético, tendente a asomarse con reverencia al misterio a partir de las realidades y circunstancias huma-

115. M. González Martín, *¿Cuál sería su secreto?*, en «Los domingos de ABC», cit.

116. *Camino*, n. 438.

117. *Es Cristo que pasa*, n. 83.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

nas. Aquí nos reducimos a presentar sólo algunos aspectos que conciernen a la acción sacrificial y sacramental de la Eucaristía en la vida y en la santificación del cristiano, según la catequesis constante de Mons. Escrivá de Balaguer, subrayando la función de la Santa Misa y del augusto Sacramento como *devoción* central de la existencia cristiana:

«Vivir la Santa Misa es permanecer en oración continua; convencernos de que, para cada uno de nosotros, es éste un encuentro personal con Dios: adoramos, alabamos, pedimos, damos gracias, reparamos por nuestros pecados, nos purificamos, nos sentimos una sola cosa en Cristo con todos los cristianos.

»Quizá, a veces, nos hemos preguntado cómo podemos corresponder a tanto amor de Dios; quizá hemos deseado ver expuesto claramente un programa de vida cristiana. La solución es fácil, y está al alcance de todos los fieles: participar amorosamente en la Santa Misa, aprender en la Misa a tratar a Dios, porque en este Sacrificio se encierra todo lo que el Señor quiere de nosotros» [118].

X. La unidad de vida

En este momento es importante señalar que la gravitación de la Santa Misa sobre la vida entera del cristiano, dando luz y sentido a toda la actividad, se enmarca en una de las concepciones más profundas y originales de la doctrina de Mons. Escrivá de Balaguer: me refiero a la enseñanza sobre la *unidad de vida*. En mi opinión, se trata del redescubrimiento de una de las dimensiones fundamentales del cristianismo, expuesta en la Sagrada Escritura, aunque olvidada en gran manera durante siglos. Unos de los resúmenes divinamente inspirados se encuentra en el pasaje de 1 Cor X,31, que el Fundador del Opus Dei citará y explicará no pocas veces: «Ya comáis, ya bebáis, hacedlo todo para la gloria de Dios». Para ilustrar la *unidad de vida* que unifica de una parte la actividad ordinaria del cristiano, aun la más prosaica, y de otra las prácticas de piedad, incluida la recepción de la Eucaristía, puede ser ilustrativo, entre otros textos, el siguiente de la homilía *Amar al mundo apasionadamente*, en el que se da una explicación, profunda y sencilla a la vez, de lo que son los Sacramentos y de su función en la vida cristiana:

«¿Qué son los sacramentos —huellas de la Encarnación del Verbo, como afirmaron los antiguos— sino la más clara manifestación de este camino, que Dios ha elegido para santificarnos y llevarnos al Cielo?

118. *Es Cristo que pasa*, n. 88.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

¿No veis que cada sacramento es el amor de Dios, con toda su fuerza creadora y redentora, que se nos da sirviéndose de medios materiales? ¿Qué es esta Eucaristía —ya inminente— sino el Cuerpo y la Sangre adorables de nuestro Redentor, que se nos ofrece a través de la humilde materia de este mundo —vino y pan—, a través de *los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre,* como el último Concilio Ecuménico ha querido recordar? (cfr. *Gaudium et Spes,* 38)» [119].

La doctrina de la *unidad de vida* se basa en la gracia de Dios que informa la pobre naturaleza humana, la sana, la eleva, pero formando todo —naturaleza y gracia— un único sujeto de operaciones, una sola persona humana, que actúa con un solo corazón, una sola mente, unos mismos sentimientos, un único modo radical de comportarse en el templo y en la calle. Igualmente, la doctrina de la *unidad de vida* considera a Cristo, Jesús Resucitado, recibido por el cristiano en la Comunión, dando vida y sentido a todos los quehaceres del hombre. Mons. Escrivá de Balaguer lo había explicado con otras palabras en una homilía pronunciada en la fiesta del *Corpus Christi* de 1964.

«La procesión del Corpus hace presente a Cristo por los pueblos y las ciudades del mundo. Pero esa presencia, repito, no debe ser cosa de un día, ruido que se escucha y se olvida. Ese pasar de Jesús nos trae a la memoria que debemos descubrirlo también en nuestro quehacer ordinario. Junto a esa procesión solemne de este jueves, debe estar la procesión callada y sencilla, de la vida corriente de cada cristiano, hombre entre los hombres, pero con la dicha de haber recibido la fe y la misión divina de conducirse de tal modo que renueve el mensaje del Señor en la tierra. No nos faltan errores, miserias, pecados. Pero Dios está con los hombres, y hemos de disponernos para que se sirva de nosotros y se haga continuo su tránsito entre las criaturas» [120].

La síntesis de la vida cristiana que implica la doctrina de la *unidad de vida* constituye, repito, un redescubrimiento profundo —a no pocos ha parecido nuevo— de lo que el Verbo Encarnado nos reveló, especialmente en los treinta años de vida oculta: en los largos días de trabajo en el taller de San José, en los ratos de convivencia con María y con el Santo Patriarca en Nazaret. No hay ruptura, sino perfecto entramado, entre vida de oración y vida de intenso trabajo, cualquiera que sea la profesión u oficio que se ejerza:

«Una oración y una conducta que no nos apartan de nuestras actividades ordinarias, que en medio de ese afán noblemente terreno nos conducen al Señor. Al elevar todo ese quehacer a Dios, la criatura diviniza el mundo. ¡He hablado tantas veces del mito del rey Midas, que convertía en oro cuanto tocaba! En oro de méritos sobrenaturales

119. *Conversaciones*, n. 115.
120. *Es Cristo que pasa*, n. 156.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

podemos convertir todo lo que tocamos, a pesar de nuestros personales errores» [121].

El Fundador del Opus Dei aprendió la doctrina sobre la *unidad de vida* llevado de la mano por Dios, al calor de la contemplación de la vida oculta de Jesucristo, supuesta que sea correcta la interpretación que he intentado dar de este núcleo doctrinal. Son muchísimas las ocasiones en que explicó esa doctrina de la unidad de vida y, con frecuencia, en relación con la vida de la Sagrada Familia en Nazaret: en ella veía al modelo perfecto de la conjunción de oración, sacrificio y trabajo. He aquí, casi al azar, una de tantas explicaciones que ha dejado:

«Jesús, creciendo y viviendo como uno de nosotros, nos revela que la existencia humana, el quehacer corriente y ordinario, tiene un sentido divino. Por mucho que hayamos considerado estas verdades, debemos llenarnos siempre de admiración al pensar en los treinta años de oscuridad, que constituyen la mayor parte del paso de Jesús entre sus hermanos los hombres. Años de sombra, pero para nosotros claros como la luz del sol. Mejor, resplandor que ilumina nuestros días y les da una auténtica proyección, porque somos cristianos corrientes, que llevamos una vida ordinaria, igual a la de tantos millones de personas en los más diversos lugares del mundo.

»Así vivió Jesús durante seis lustros: era *fabri filius* (Mt XIII,55), el hijo del carpintero. Después vendrán los tres años de vida pública, con el clamor de las muchedumbres. La gente se sorprende: ¿quién es éste?, ¿dónde ha aprendido tantas cosas? Porque había sido la suya, la vida común del pueblo de su tierra. Era el *faber, filius Mariae* (Mc VI,3), el carpintero, hijo de María. Y era Dios, y estaba realizando la redención del género humano, y estaba *atrayendo a sí todas las cosas* (Ioh XII,32)» [122].

La profundidad de la visión unitaria de la vida cristiana, la *unidad de vida*, que el Fundador del Opus Dei predicaba, ha sido ya detectada por quienes le han conocido de cerca. He aquí, como uno de tantos ejemplos, lo que escribía el Cardenal Arzobispo de Viena: «Quiso que los socios del Opus Dei superasen la doble vida de muchos cristianos: de una parte, la vida espiritual, el diálogo con Dios, la liturgia, la caridad; y de la otra parte, completamente separada, la vida familiar, profesional y social, una vida llena de pequeñas cosas terrenas» [123].

Advirtamos que esta doctrina no sólo es aplicable a los socios del Opus Dei, sino a todos los cristianos, por la sencilla razón de que esos socios son cristianos corrientes. Expresamente, Mons. Escrivá de Bala-

121. *Amigos de Dios*, n. 308.

122. *Es Cristo que pasa*, n. 14.

123. F. KOENIG, *Il significato dell'Opus Dei*, en «Corriere della Sera», Milano, 9-XI-1975.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

guer no hacía distinción, y aplicaba la doctrina de la unidad de vida a todos:

«Todo el panorama de nuestra vocación cristiana, esa unidad de vida que tiene como nervio la presencia de Dios, Padre Nuestro, puede y debe ser una realidad diaria» [124].

«Con su decisión de responder como instrumento fiel en las manos de Dios, ha hecho posible el Padre este crecimiento de la Obra. Porque si la unión con Dios es fuente de toda eficacia apostólica, estoy convencido de que nuestro Padre había alcanzado de modo patente una perfecta unidad de vida en esta tierra, no interrumpiendo jamás esa unión suya con el Señor: escuchaba atentamente en su corazón las divinas inspiraciones, que nos entregaba con fidelidad, confirmándonos en la fe, dirigiendo nuestros pasos, alimentando nuestra vida interior.

»Al releer en estos días palabras suyas, comprenderéis que me haya removido por dentro, mientras saboreaba lo que escribía el Padre en 1940:

»"En estos años del comienzo, me lleno de profunda gratitud hacia Dios. Y al mismo tiempo pienso, hijos míos, en lo mucho que nos queda por recorrer hasta sembrar en todas las naciones, por toda la tierra, en todos los órdenes de la actividad humana, esta semilla católica y universal que ha venido a esparcir el Opus Dei.

»"Por eso, sigo apoyándome en la oración, en la mortificación, en el trabajo profesional y en la alegría de todos, mientras renuevo constantemente mi confianza en el Señor: *universi, qui sustinent te non confundentur* (Ps. XXIV,3); ninguno de los que ponen en Dios su esperanza será confundido.

»"La Obra está saliendo adelante a base de oración: de mi oración —y de mis miserias—, que a los ojos de Dios fuerza lo que exige el cumplimiento de su voluntad; y de la oración de tantas almas —sacerdotes y seglares, jóvenes y viejos, sanos y enfermos—, a quienes yo recurro, seguro de que el Señor les escucha, para que recen por una determinada intención que, al principio, sólo sabía yo. Y, con la oración, la mortificación y el trabajo de los que vienen junto a mí: éstas han sido nuestras únicas y grandes armas para la lucha"» [125].

Se entiende que esas tres «armas» —oración, mortificación y trabajo— no son independientes, sino que las dos segundas están informadas por el espíritu de oración, formando una sola cosa a lo largo de la jornada, constituyendo esa unidad de vida en la que, ya se realice una u otra actividad, se está siempre en la presencia de Dios, con la intención dirigida al último fin del hombre. La idea se expone en un pasaje de la homilía *En el taller de José:*

124. *Es Cristo que pasa*, n. 11.
125. A. DEL PORTILLO, *En Memoria*, cit., pp. 37-38.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

«Por eso el hombre no debe limitarse a hacer cosas, a construir objetos. El trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor. Reconocemos a Dios no sólo en el espectáculo de la naturaleza, sino también en la experiencia de nuestra propia labor, de nuestro esfuerzo. El trabajo es así oración, acción de gracias, porque nos sabemos colocados por Dios en la tierra, amados por El, herederos de sus promesas. Es justo que se nos diga: *ora comáis, ora bebáis, o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios* (1 Cor X,31)» [126].

En tal unidad de vida, el trabajo, ya noble por sí mismo según su naturaleza, adquiere nueva dimensión sobrenatural, en la que su valor le viene más del amor de Dios con que se hace que de una evaluación de dignidad considerada desde los rendimientos o baremos exclusivamente humanos:

«Me preguntas: ¿por qué esa Cruz de palo? —Y copio de una carta: "Al levantar la vista del microscopio la mirada va a tropezar con la Cruz negra y vacía. Esta Cruz sin Crucificado es un símbolo. Tiene una significación que los demás no verán. Y el que, cansado, estaba a punto de abandonar la tarea, vuelve a acercar los ojos al ocular y sigue trabajando: porque la Cruz solitaria está pidiendo unas espaldas que carguen con ella"» [127].

Entendido así el quehacer del cristiano en el mundo, cualquier actividad u ocupación honesta no sólo no es obstáculo para la lucha ascética, para la unión e identificación con Cristo, sino que se convierte como en práctica de piedad que lleva a Dios:

«Trabajar así es oración. Estudiar así es oración. Investigar así es oración. No salimos nunca de lo mismo: todo es oración, todo puede y debe llevarnos a Dios, alimentar ese trato continuo con El, de la mañana a la noche. Todo trabajo honrado puede ser oración; y todo trabajo, que es oración, es apostolado. De este modo el alma se enrecia en una unidad de vida sencilla y fuerte» [128].

De ahí que, ya desde los primeros años, Mons. Escrivá de Balaguer exigía a los hijos e hijas de su espíritu que buscaran con insistencia la perfección en el trabajo, en las cosas pequeñas, en los detalles. Es una exigencia de la naturaleza misma de la vocación en el Opus Dei, llamada a lograr la plenitud de la vida cristiana por medio de la santificación del trabajo ordinario. En efecto, en la existencia del cristiano se presenta pocas veces la ocasión de hacer grandes cosas por la *Santa Iglesia de Jesucristo*:

«El milagro que os pide el Señor es la perseverancia en vuestra vocación cristiana y divina, la santificación del trabajo de cada día: el

126. *Es Cristo que pasa*, n. 48.
127. *Camino*, n. 277.
128. *Es Cristo que pasa*, n. 10.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

milagro de convertir la prosa diaria en endecasílabos, en verso heroico, por el amor que ponéis en vuestra ocupación habitual» [129].

No me resisto a transcribir un largo párrafo de la homilía pronunciada en el *campus* de la Universidad de Navarra, el 8-X-1967:

«Lo he enseñado constantemente con palabras de la Escritura Santa: el mundo no es malo, porque ha salido de las manos de Dios, porque es criatura suya, porque Yaveh lo miró y vio que era bueno. (cfr. Gen I,7 y ss.). Somos los hombres los que lo hacemos malo y feo, con nuestros pecados y nuestras infidelidades. No lo dudéis, hijos míos: cualquier modo de evasión de las honestas realidades diarias es para vosotros, hombres y mujeres del mundo, cosa opuesta a la voluntad de Dios.

»Por el contrario, debéis comprender ahora —con una nueva claridad— que Dios os llama a servirle *en y desde* las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana: en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en la fábrica, en el taller, en el campo, en el hogar de familia y en todo el inmenso panorama del trabajo, Dios nos espera cada día. Sabedlo bien: hay *un algo* santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir.

»Yo solía decir a aquellos universitarios y a aquellos obreros que venían junto a mí por los años treinta, que tenían que saber *materializar* la vida espiritual. Quería apartarlos así de la tentación, tan frecuente entonces y ahora, de llevar como una doble vida: la vida interior, la vida de relación con Dios, de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas (...).

»No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca» [130].

Es fácil descubrir en el texto transcrito un impresionante resumen de la vida cristiana y una explicación de lo que es la doctrina de la *unidad de vida*. Sólo este texto necesitaría un estudio completo. Pero me limitaré a concretar que lo que aquí dijo el primer gran Canciller de la Universidad de Navarra, ante la mirada fija y el corazón abierto de los miles de personas que allí estábamos reunidos aquel hermoso día de octubre, tiene la fuerza de haber sido primero vida, realidad y, sólo después, reflexión, enseñanza; tal circunstancia explica la gran fuerza de convocatoria que tenían la palabra y la presencia física de este hombre de Dios, de este sacerdote que *sólo hablaba de Dios*, pero que, desde El, iluminaba los más amplios horizontes del quehacer humano.

129. *Es Cristo que pasa*, n. 50.
130. *Conversaciones*, n. 114.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Una última consideración sobre la doctrina de la *unidad de vida:* ésta ilumina la inteligencia del hombre, a quien Dios ha hecho a imagen y semejanza suya, colmando en fe y en esperanza las aspiraciones de su mente, los anhelos de ver un día a Dios. Para que ese fin sobrenatural de la criatura humana pueda realizarse es necesario, sin embargo, que ésta no se salga de su sitio por la soberbia de la vida. Por el contrario:

«La vida de oración y de penitencia, y la consideración de nuestra filiación divina, nos transforman en cristianos profundamente piadosos, como niños pequeños delante de Dios. La piedad es la virtud de los hijos y para que el hijo pueda confiarse en los brazos de su padre, ha de ser y sentirse pequeño, necesitado (...).

»Piadosos, pues, como niños: pero no ignorantes, porque cada uno ha de esforzarse, en la medida de sus posibilidades, en el estudio serio, científico, de la fe; y todo esto es la teología. Piedad de niños, por tanto, y doctrina segura de teólogos.

»El afán por adquirir esta ciencia teológica —la buena y firme *doctrina cristiana*— está movido, en primer término, por el deseo de conocer y amar a Dios. A la vez, es también consecuencia de la preocupación general del alma fiel por alcanzar la más profunda significación de este mundo, que es hechura del Creador (...).

»Si el mundo ha salido de las manos de Dios, si El ha creado al hombre a su imagen y semejanza (Gen I,26), y le ha dado una chispa de su luz, el trabajo de la inteligencia debe —aunque sea con un duro trabajo— desentrañar el sentido divino que ya naturalmente tienen todas las cosas; y con la luz de la fe, percibimos también su sentido sobrenatural, el que resulta de nuestra elevación al orden de la gracia (...).

»El cristiano ha de tener hambre de saber. Desde el cultivo de los saberes más abstractos hasta las habilidades artesanas, todo puede y debe conducir a Dios. Porque no hay tarea humana que no sea santificable, motivo para la propia santificación y ocasión para colaborar con Dios en la santificación de los que nos rodean» [131].

XI. La Virgen Nuestra Señora

En la contemplación de la vida de Nuestra Señora aprendió Mons. Escrivá de Balaguer lo mismo: una unidad de vida, *sencilla y fuerte*, en la que se aúnan oración, sacrificio y trabajo, formando un entramado armonioso e inseparable, en el que las virtudes teologales —y todas las demás— encuentran el terreno propicio para el crecimiento. En efecto,

131. *Es Cristo que pasa*, n. 10.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

el amor profundo, la devoción recia y tierna del Fundador del Opus Dei por la Santísima Virgen tenía una aplicación práctica e inmediata para su vida de cristiano: después de Jesucristo, Ella es el modelo eminente que imitar, desde los momentos más transcendentes de su vida, hasta los detalles más triviales del quehacer cotidiano: en todo había la misma disposición del alma, el mismo amor a Dios, la misma entrega:

«Desde hace casi treinta años ha puesto Dios en mi corazón el ansia de hacer comprender a personas de cualquier estado, de cualquier condición u oficio, esta doctrina: que la vida ordinaria puede ser santa y llena de Dios, que el Señor nos llama a santificar la tarea corriente, porque ahí está también la perfección cristiana. Consideremoslo una vez más, contemplando la vida de María.

»No olvidemos que la casi totalidad de los días que Nuestra Señora pasó en la tierra transcurrieron de una manera muy parecida a las jornadas de otros millones de mujeres, ocupadas en cuidar de su familia, en educar a sus hijos, en sacar adelante las tareas del hogar. María santifica lo más menudo, lo que muchos consideran erróneamente como intranscendente y sin valor: el trabajo de cada día, los detalles de atención hacia las personas queridas, las conversaciones y las visitas con motivo de parentesco o de amistad. ¡Bendita normalidad, que puede estar llena de tanto amor de Dios!

»Porque eso es lo que explica la vida de María: su amor. Un amor llevado hasta el extremo, hasta el olvido completo de sí misma, contenta de estar allí, donde la quiere Dios, y cumpliendo con esmero la voluntad divina. Eso es lo que hace que el más pequeño gesto suyo, no sea nunca banal, sino que se manifieste lleno de contenido» [132].

En primer lugar, subrayemos que la Santísima Virgen es, después de Jesús, la persona más actuante en la santificación de cada cristiano, precisamente por ser la Madre de Dios y Madre nuestra y ser la más santa de todas las criaturas. Este punto de vista —esta realidad viva— es el que nos ha movido a tratar ahora de la función eminente de la Virgen Nuestra Señora en nuestra propia existencia cristiana, tras haber aludido a la doctrina de la *unidad de vida*. La devoción a la Virgen no era para Mons. Escrivá de Balaguer, entiendo, una especie de apéndice sentimental a la vida. Nuestro primer Gran Canciller había penetrado profundamente, hasta niveles insospechados, en la función corredentora de María, y muchas veces había repetido: *A Jesús siempre se va y se «vuelve» por María* [133]. Es más, así como la vida natural y la vida sobrenatural del hombre son fruto del amor de benevolencia de las Personas divinas, de manera análoga, nuestra salvación y santificación dependen de la redención de Cristo, a la que se une la corredención de

132. *Es Cristo que pasa*, n. 148.
133. *Camino*, n. 495; *Consideraciones*, p. 52.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

María y la singular intercesión y mérito de San José. El Fundador del Opus Dei hablaba algunas veces de unirnos también a *la «trinidad» de la tierra* —Jesús, María y José— para vivir plena y auténticamente la vocación cristiana y dar a conocer a Cristo a los demás hombres nuestros iguales. Es contemplando sin cesar la vida de esa *«trinidad» de la tierra* como aprenderemos a llegar a ser verdaderamente cristianos.

En la vida del Fundador del Opus Dei, que fue vida de fe teologal y de esperanza, espléndida existencia cristiana en la que convivían en armoniosa unidad sin confusión el amor a Dios —a las tres Divinas Personas— y el amor a nuestra Madre Santa María y a San José, entraba también el amor a los demás: a los santos Angeles y a los hombres, a los santos en el Cielo, a las benditas ánimas del purgatorio, o a los pecadores en la tierra; todos, en definitiva, criaturas e hijos de Dios. Y en esa vida cristiana se derramaba el celo apostólico —amor al prójimo—, para que todos conocieran y amaran a Dios y fueran así eternamente felices. Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra, era el refugio continuo del afán apostólico de Mons. Escrivá de Balaguer, era la Reina de los apóstoles, era la Madre que unifica entrañablemente a todos:

«María edifica continuamente la Iglesia, la aúna, la mantiene compacta. Es difícil tener una auténtica devoción a la Virgen, y no sentirse más vinculados a los demás miembros del Cuerpo Místico, más unidos también a su cabeza visible, el Papa. Por eso me gusta repetir: *omnes cum Petro ad Iesum per Mariam!*, ¡todos, con Pedro, a Jesús por María! Y, al reconocernos parte de la Iglesia e invitados a sentirnos hermanos en la fe, descubrimos con mayor hondura la fraternidad que nos une a la humanidad entera: porque la Iglesia ha sido enviada por Cristo a todas las gentes y a todos los pueblos (cfr. Mt XXVIII,19)» [134].

XII. El celo apostólico

La vida de oración, al hacer crecer todas las virtudes, y la caridad de modo particular, enciende el fuego del celo apostólico, el querer entregar a otros las maravillas divinas contempladas [135]. El alma va despojándose de egoísmos y avaricias: comprende que el Bien infinito que es Dios no disminuye al repartirse, ni toca a menos. Al contrario, el gozo de ese Bien aumenta al compartirse, al mismo tiempo que el Amor a Dios y a los demás por Dios hace que el alma desee ardientemente que Dios sea cada vez más conocido, amado y alabado, y que

134. *Es Cristo que pasa*, n. 139.
135. Cfr. Santo Tomás, *S. Th.*, II-II, q. 188, a. 6, cor.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

los hombres sean felices con ese conocimiento, ya aquí en la tierra, y bienaventurados después, en el Cielo:

«Con esta entrega, el celo apostólico se enciende, aumenta cada día —pegando esta ansia a los otros—, porque el bien es difusivo. No es posible que nuestra pobre naturaleza, tan cerca de Dios, no arda en hambres de sembrar en el mundo entero la alegría y la paz, de regar todo con las aguas redentoras que brotan del Costado abierto de Cristo (cfr. Ioh XIX,34), de empezar y acabar todas las tareas por Amor» [136].

En nuestro breve ensayo no tenía cabida tratar de la acción apostólica en la vida y doctrina de Mons. Escrivá de Balaguer. Pero me ha parecido conveniente dejar también aquí una puerta abierta a ese gran fuego de su alma, al que iban a parar sus desvelos: la salvación y santificación de todos los hombres.

Se han abierto los caminos divinos de la tierra

Como fruto de la búsqueda de Cristo, del dejarse penetrar por su gracia, de la perseverancia en los caminos de oración, del irse llenando de deseos de santidad y de amor a Dios, se despliega el celo apostólico. El trato con Jesús llena el alma del Amor que Cristo tiene por nosotros los hombres.

«Y Jesús se queda. Se abren nuestros ojos como los de Cleofás y su compañero, cuando Cristo parte el pan; y aunque El vuelva a desaparecer de nuestra vista, seremos también capaces de emprender de nuevo la marcha —anochece—, para hablar a los demás de El, porque tanta alegría no cabe en un pecho solo.

»Camino de Emaús. Nuestro Dios ha llenado de dulzura este nombre. Y Emaús es el mundo entero, porque el Señor ha abierto los caminos divinos de la tierra» [137].

No puedo dar fin a este balbuciente ensayo sin invocar a Santa María, Nuestra Señora, porque Mons. Escrivá de Balaguer no terminaba nunca ninguna tarea sin volverse en oración hacia la Madre de Dios y Madre nuestra. En la doctrina de la unidad de vida, y en cualquier aspecto de la espiritualidad del Fundador del Opus Dei, entra la *tierna devoción* a la Santísima Virgen María: Ella, después de Jesucristo, es el modelo perfecto de lo que es y debe ser una existencia cristiana, que busca la santidad en las cosas ordinarias de nuestra vida en este mundo.

136. *Amigos de Dios*, n. 311.
137. *Amigos de Dios*, n. 314.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei